ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

louis g. milk

# ¡TIERRA, YA ERES NUEŚTRA!



*¡Tierra ya eres nuestra!*

Número CDXXXIII de *Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro*

Louis G. Milk

---

Etiquetas:Ciencia ficción

**LOUIS G. MILK**

# ¡TIERRA, YA ERES NUESTRA!

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr.JuliánÁlvarez,151
Barcelona BuenosAires

Depósito legal : B. 19.592 - 1968

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en GRÁFICAS TRICOLOR — Eduardo Tubau, 20 — BARCELONA

# CAPÍTULO I

—La historia de la Humanidad es la historia de la ley del más fuerte —dijo el profesor Cuthbert—. Desde el hombre de Altamira, con su garrote, hasta el «homo americanus», con sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, pasando por todos los demás que han hecho uso de las más variadas armas y máquinas de matar, no hay página en la historia que no sea un fiel reflejo de mi afirmación: sólo el más fuerte sobrevive.

Cuthbert tosió discretamente y se dispuso a continuar:

—El más fuerte, digo, sobrevive porque impone su ley sobre los demás. Bajo las más variadas ideologías, el hombre ha encontrado siempre una justificación para sus actos de fuerza. Sólo era justo lo que hacía el más fuerte, tuviera o no razón, porque para eso era el más fuerte...

Una mano se levantó en el aula.

—¿Profesor Cuthbert?

El aludido miró benignamente, por encima de sus antiparras, al que le había interrumpido.

Era Bill Owling, el bromista incorregible de la Universidad, el «gracioso» máximo de los estudiantes. Cada vez que abría la boca, la expectación entre los que le rodeaban era enorme. ¿Qué iría a decir o qué haría ahora Bill Owling?, se preguntaban todos.

Los profesores le temían como a la peste. Los novatos se aterrorizaban de pensar sólo que Bill pudiese gastarles una broma. Los que no le cepillaban la espalda, podían contar un día u otro con ser víctimas de alguna de sus «hazañas».

Ello no impedía que fuese buen estudiante, pero muchos hubieran preferido que fuese peor estudiante y que dedicase al estudio mucha parte del tiempo que dedicaba a burlarse de los demás.

Bill Owling estaba en primera fila. Poniéndose en pie, apoyó ambas manos en sus costados y, balanceándose ligeramente, con una sonrisita de superioridad en los labios, habló:

—Dice usted, profesor, que la ley del más fuerte es la única viable en la actualidad.

—Bien, exactamente, no, pero sí algo muy parecido...

—Bueno, bueno, profesor, usted ha venido a decir que el que tiene más fuerza se lleva el gato al agua.

—Metafóricamente, aunque no con demasiada fortuna en la expresión, así es, señor Owling.

—Lo cual significa que yo, que soy más fuerte físicamente que usted, si quisiera impedirle que siga dándonos la lata con su conferencia, podría hacerlo perfectamente.

Cuthbert emitió una sonrisita de conejo.

—En teoría, así podría suceder —contestó.

El aula estaba llena de rostros expectantes.

¿Qué haría Bill Owling ahora?

Era un muchacho como un castillo. Cuthbert, en cambio, era un sujeto menudito, delgado, casi tan ligero como una pluma.

—Y en la práctica, también —dijo Owling—. Supóngase que le ato a ese sillón y le amordazo. Usted no podría continuar su conferencia.

—No, ciertamente; pero usted no haría una cosa semejante.

Owling sonrió desdeñosamente.

—Se equivoca, profesor —dijo—. Hace un día magnífico y yo y todos mis compañeros, tenemos ganas de corretear por el césped a la orilla del río.

Inclinándose un poco hacia atrás, sacó unas cuerdas y un pañuelo.

—¿Ve? Soy el más fuerte —dijo—. Ahora le ataré, le amordazaré y…

Cuthbert no se inmutó. Con encantadora sonrisa, dijo:

—Temo que el que se equivoca es usted, señor Owling. ¡El más fuerte soy yo!

Abrió el cajón de su mesa y sacó una pistola.

«¡Pam, pam, pam!»

Los tres tiros sonaron muy rápidos. Bill Owling, el bromista de la Universidad, pasó a ser cadáver instantáneamente.

Cuthbert seguía sonriendo, en medio del helado horror de los alumnos.

—Mi teoría ha quedado suficientemente demostrada —dijo—. ¿Alguna pregunta más?

¿Preguntas? Hubo una estampida general hacia la puerta. Muchos saltaron por las ventanas en su afán de llegar cuanto antes a lugar seguro.

Como la clase estaba en un primer piso, no ocurrieron graves accidentes, pero, aun así, se produjeron varias fracturas de huesos. Un alumno resultó pisoteado y por poco fallece. En cuanto a las alumnas, la enfermería de la Universidad tuvo que hacer gasto extraordinario de calmantes.

La gente lo sintió muchísimo. En realidad, hombres como Bill Owling, decían, son los que dan sal y pimienta a la vida. La vida en la Universidad, sin sus bromas, sería muy aburrida a partir de aquel momento.

**¡Un profesor de Universidad dispara contra un alumno para probar sus teorías!**
**¡El profesor Cuthbert justifica su asesinato!**

**«¡Bill Owling era un invasor extraterrestre!», asegura el profesor Cuthbert.**
**¡Los invasores del planeta ya están aquí!**
**¡El profesor Cuthbert ha sido internado en un sanatorio mental!**

Fue entonces, cuando leí las informaciones sobre aquel singular suceso, que empecé a darme cuenta de que alguien había metido la pata.

Esto me preocupó mucho. ¿Invasores en la Tierra procedentes de un remoto planeta?

Nada de fantasías de un historiador demente.

Realidad, absoluta realidad.

Ellos... quienes fueran, ya estaban aquí.

Y yo, Wolf Bell, para servir a ustedes, tenía motivos sobrados para saberlo.

Después de haber devorado las reseñas del suceso, fui a una de las habitaciones de mi casa y me situé frente a una estantería de la altura del cuarto y de un metro de anchura, más o menos.

La estantería contenía libros y figuras y estatuillas de adorno. Presioné un botón y la estantería giró silenciosamente a un lado.

Un hueco quedó al descubierto. Traje una silla y me senté frente al teclado de una máquina de escribir. Detrás de la máquina, y ocupando todo el hueco, cuyas dimensiones eran de tres metros de alto, por uno de ancho y uno de profundidad, estaban los restantes aparatos.

Empecé a darle a las teclas, y escribí:

> **Clave F9-77-I/III-25. ¿Quién diablos ha metido la pata? Periódicos anuncian invasores tierra. Si secreto deja de ser secreto, estamos listos. Solicito sanción para imprudente/s. Caso no obtener explicaciones satisfactorias, enviaré mi dimisión. Pido respuesta urgente. Agente 10-2/R.**

Luego hice girar una rueda situada en el aparato, encima de la máquina de escribir. Una tira se iluminó al lado, mostrando una serie de signos que correspondían a la clave indicada. Presioné un botón y el aparato inició su transmisión, cifrando el mensaje automáticamente.

Al cabo de unos minutos, chispeó una luz ámbar. La transmisión había terminado.

Cerré el interruptor y las dos o tres bombillas que había encendidas se apagaron. Me puse en pie, retiré la silla y dejé la

estantería en su posición primitiva.

¡Invasores extraterrestres!, mascullé. ¡Era lo que nos faltaba!

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Metí la mano dentro de mi chaqueta. El contacto con la culata de mi pistola me tranquilizó notablemente.

Crucé la habitación y el saloncito y abrí la puerta.

—¿Señor Bell? —dijo la chica.

Era guapa de veras y con un tipo capaz de satisfacer al más exigente. Lo que no puedo definir con exactitud es el color del cabello; según le daba la luz, parecía negro o rubio y hasta rojo. Sus pupilas, sin embargo, poseían una bien definida tonalidad verdosa, de esmeralda pura.

—Así me llamo —contesté, fijando la vista muy atentamente en el bolso que pendía de su hombro izquierdo.

—Me llamo Gale Adams —se presentó la hermosa—. ¿Puedo pasar?

Escruté su rostro un instante. ¿Podía fiarme de ella?

Vestía sencilla, pero audazmente. La parte superior de su vestido sólo tenía delantero. En cuanto a lo que había del talle para abajo, era una faldita tan corta, que casi no existía; más bien parecían unos pantaloncitos de deporte. (Luego resultó que lo eran. ¡Qué despistado soy en materia de modas femeninas!)

—Sí —accedí—. Entre.

Ella caminó con desenvoltura. Me fijé en su piel; era muy clara, pero no era una blancura enfermiza, sino más bien sana, de persona abundante en glóbulos rojos. Sólo le hacían falta unos cuantos baños de sol.

Gale se sentó en un sillón. Yo permanecí en pie.

—Usted forma parte de la oficina de prensa del nuevo candidato a la presidencia —dijo.

—Está muy bien enterada de mis actividades, señorita Adams —dije.

—Pero no lo niega.

—¿Puede negarse la evidencia?

Gale suspiró.

—No, desde luego. —y siguió—: El jefe de esa oficina es Harry T. Lingle, pero tiene a su alrededor una serie de valiosos auxiliares, que son los que, en realidad, hacen todo el trabajo.

—Lingle lo coordina y decide qué se puede publicar y qué se debe ocultar —dije.

—El más valioso de sus colaboradores es usted —afirmó Gale —. ¿Le gustaría que triunfase su candidato?

—Para conseguir eso cobro un sueldo, señorita Adams.

—Ah, luego no lo hace por convicción política.

Esbocé una sonrisa.

—Soy un buen elemento publicitario —respondí—. Me contrataron con un magnífico sueldo.

—O sea que, si su candidato perdiese las elecciones, a usted no le importaría nada.

—Políticamente hablando, no, desde luego. Pero si gana, podré conseguir mejores contratos en otra parte… en alguna buena agencia de publicidad, se entiende. Si fracasamos, tendré que pedir limosna.

—Así, pues, desea que triunfe el candidato al cual apoya.

—Figúreselo —dije.

—¿Cuánto daría por conseguirlo de un modo absoluto, sin posibilidades de fracaso?

Guardé silencio un momento. Luego, de pronto, me incliné hacia ella y le quité el bolso.

Gale se puso en pie de un salto.

—¿Qué hace usted? —preguntó coléricamente.

Abrí el bolso.

—Lo que me figuraba —dije.

Arrojé la grabadora al suelo y empecé a saltar hasta que la hice polvo.

—Vaya y dígales a los miembros de la oposición que empleen otro truco menos viejo para desprestigiarnos.

Gale estaba indignadísima.

—¡La grabadora estaba desconectada! —gritó.

Le así por el brazo con suavidad.

—Ha pasado la época de las mujeres espías jóvenes y bonitas —dije, empujándola hacia la puerta.

—¡Tendrá noticias mías!

—Envíeme una postal —contesté mordazmente.

Y cerré de un portazo. Lo siento: si no salta al centro del pasillo, puede que le hubiese hecho daño.

Luego recogí los restos de la grabadora y los eché a la basura. En aquel momento vi algo extraño, pero tenía la mente ocupada en otras cosas más importantes y no supe apreciar el detalle.

Acto seguido, volví un cuadro y consulté el indicador que había detrás. No, todavía no había llegado mi mensaje. Además, en el mejor de los casos, la respuesta tardaría veinticuatro horas.

Disponía de tiempo suficiente. Tenía que hacer algo de suma importancia y me dispuse a salir.

## CAPÍTULO II

Una hora después, me aprestaba a detener mi automóvil frente a la «morgue». Quería estudiar con detenimiento su situación.

A la madrugada pensaba realizar una expedición solo. Quería examinar el cadáver de Owling, el bromista de la Universidad y supuesto invasor extraterrestre.

De pronto, vi a tres hombres que salían corriendo del edificio. Dos de ellos transportaban un bulto envuelto en una sábana blanca. Otro les precedía en dirección a un coche estacionado a poca distancia.

Un agente salió tras ellos, pito en boca y pistola en mano.

El pito sonó ruidosamente. Uno de los individuos se volvió hacia el policía y la emprendió a tiros con él.

El policía devolvió el fuego. Su adversario se tambaleó, pero consiguió ganar el auto.

Entonces, yo, disimuladamente, saqué mi pistola y disparé a la rueda delantera derecha.

Fallé el primer tiro. El auto arrancó, mientras la gente corría en todas direcciones para evitar las balas.

Apunté con más cuidado. No podía permitirme el lujo de un segundo fallo.

Esta vez acerté. La cámara se deshinchó inmediatamente.

El auto perdió la dirección. Zigzagueó alarmantemente y acabó saltando a la acera y estrellándose contra una pared con terrible estrépito.

El guardia corrió hacia el vehículo. Un hombre saltó de su interior, le apuntó con una pistola y luego apretó el gatillo. La pierna derecha del agente quedó inutilizada.

Acto seguido, el individuo se volvió hacia el auto. Nadie se movía en su interior.

Metió la mano en su bolsillo y sacó un objeto no muy grande. Dada la distancia que me separaba de él, no pude ver lo que era.

El objeto cayó dentro del auto, a través de una de las ventanillas abiertas. Luego, el hombre echó a correr.

Apunté cuidadosamente con mi pistola al centro de su espalda. Estaba seguro de no marrar el tiro.

El fugitivo se estremeció un instante. Siguió corriendo y pronto desapareció por la esquina próxima.

No me preocupó en absoluto. Sabía que podría localizarlo cuando quisiera, aunque se fugase a los antípodas.

El auto estalló de pronto. Una enorme bola roja surgió en su interior. Algunos de los que corrían para auxiliar a los ocupantes del vehículo resultaron arrojados al suelo por la fuerza de la explosión.

Cuando los hombres consiguieron dominar al fin el incendio, todo lo que no era metal había sido destruido de manera absoluta por las llamas.

* * *

Hice girar el cuadro. El indicador de «mensaje recibido» centelleó ante mis ojos.

Me fui al transmisor. Sentándome delante del aparato, pulsé el interruptor de encendido. Luego maniobré en los mandos de cifrado y grabación escrita de mensajes en traducción normal.

El mensaje recibido decía:

> **Clave TT/81-R-IV-116. Modere lenguaje para mensajes sucesivos. Plan se desarrolla según indicaciones concebidas en principio. Ignoramos quiénes puedan ser presuntos invasores. No ha habido imprudentes. No dimita. Investigue supuestos invasores. Agente 22-5/T tiene órdenes colaborar con usted. Sugiero organizar comedia platillo volante para conocer reacción citados posibles invasores. Jefe 5/B.**

—La cosa se complica —mascullé.

Y luego levanté los brazos al cielo.

—¡De manera que debo organizar la comedia del «platillo volante» para ver cómo reaccionan los otros! ¿Es que no hay tratados que indican claramente que ésta es nuestra esfera de influencia?

Pero no había más remedio que cumplir las órdenes. Investigar y…

¿Por dónde empezar las investigaciones?

¡Por el profesor Cuthbert, naturalmente!

¿No había afirmado él que el bromista Owling era un invasor extraterrestre?

Cuando lo había dicho, tendría algún motivo para ello, me dije.

* * *

Cuando llegué al sanatorio mental donde estaba internado Cuthbert, vestía un traje negro y traía en la cara mi mejor expresión de pena.

Me acerqué al mostrador de recepción.

—Soy Horacio Cuthbert —dije—. He leído en los periódicos el

terrible suceso de que ha sido protagonista mi hermano. ¿Podría visitarle?

Mecánicamente, la enfermera recepcionista recitó:

—Tercer piso, ala sur, puerta S.

Me quité el sombrero con toda cortesía.

—Mil gracias, señorita —dije.

Y ya me dirigía hacia el ascensor, cuando la enfermera me llamó:

—¡Señor Cuthbert!

—Dígame, señorita.

—Trate de consolar a su hermana. La pobre está sumamente afligida.

—¿Mi... hermana?

—Sí, la señorita Gale Cuthbert. Vino a ver al profesor hace diez minutos.

—Ah, muchas gracias, señorita.

Volví a pegar otro sombrerazo y me encaminé hacia el ascensor.

Cuando salía al corredor, vi una puerta que se abría. Me retiré al interior del ascensor, pero creo que ella me había visto ya.

Gale atravesó el corredor y se metió en un cuarto frontero. Su actitud me pareció sospechosa por demás.

Caminé lentamente a lo largo del pasillo. No tardé en encontrar la puerta S.

Estaba entreabierta. Gale no había tenido tiempo de cerrarla del todo.

A través de la ranura divisé el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. La postura de Cuthbert resultaba inconfundible.

Estaba muerto, no cabía la menor duda.

Si Cuthbert sabía algo acerca de los presuntos invasores de la Tierra, ya no lo repetiría a nadie.

Cerré la puerta haciendo algo de ruido. Era preciso que Gale creyera que yo había entrado en el cuarto del profesor.

Luego crucé el pasillo. Agarré el pomo de la otra puerta y, de pronto, abrí rápidamente, a la vez que empujaba con fuerza.

Sonó un gritito de dolor. Gale trastabilló, vaciló, estuvo a punto de caer y logró por fin sostenerse agarrándose a los pies de una cama.

Cerré tranquilamente. Gale estaba muy pálida.

—De modo que ha sido usted —acusé.

Ella meneó la cabeza.

—No —contestó—. Estaba muerto cuando yo llegué.

Sonreí desdeñosamente.

—¿Cree que voy a tragarme esa fábula? —dije.

—Lo crea o no, es la pura verdad, señor Bell —insistió Gale.

Me fijé en su bolso. Era igual que el otro, pero de color rojo burdeos, lo mismo que el traje de una sola pieza que cubría su hermosa figura.

—Quiero ver su bolso —dije.

—Atrévase a quitármelo —me desafió ella.

—Vamos a verlo.

Y avancé dos pasos.

Gale me apuntó con una mano.

—Siga quieto —dijo—. Insisto en que Cuthbert estaba ya muerto cuando yo llegué.

—¿De qué ha muerto? —pregunté—. ¿Una pistola con silenciador?

Ella negó con la cabeza.

—Algo infinitamente peor —respondió—. Un arma extraterrestre.

—Claro, claro, una pistola atómica.

—No. Una pistola de choque. Cuando le hagan la autopsia, parecerá que ha sufrido un colapso cardíaco.

La miré irritadamente.

—¿Me toma por tonto? —dije.

Y alargué la mano hacia su bolso.

Entonces sentí una terrible sacudida.

Todo giró a mi alrededor. De repente me pareció que Gale se multiplicaba por veinte.

Luego, una sombra oscura y silenciosa me envolvió. A pesar de todo, extrañamente, me daba cuenta de que seguía en pie.

Pero no podía hacer nada. Mi mente, sin embargo, seguía funcionando con normalidad.

Era mi cuerpo el que estaba paralizado. Lo que me sucedía me hizo llegar a una aterradora conclusión.

¡Gale era uno de los invasores!

La oscuridad se disipó. Mi vista recobró su normalidad y los demás sentidos también.

Asombrado, miré a mi alrededor.

Gale había desaparecido. No me extrañó en absoluto.

No sentía ninguna secuela dañina como consecuencia del choque sufrido. Todo mi cuerpo estaba en perfectas condiciones.

Abandoné el cuarto y pasé al del profesor.

Levantándolo en brazos, lo puse en la cama. Así parecería que había fallecido mientras descansaba.

Luego me dirigí hacia el ascensor. Al llegar al vestíbulo, me acerqué a la enfermera recepcionista.

—Soy Horacio Cuthbert —dije.

—Le recuerdo —contestó ella—. Su hermana se ha ido hace unos minutos.

—Tenía prisa, señorita. Pero, según me ha dicho mi hermano, el profesor, antes de que viniese nuestra hermana, estuvo un individuo a visitarle, un tal Jim Smith…

La enfermera consultó el libro de visitas.

—No, señor; dijo llamarse Bob Jones y dio su domicilio en la calle 90, 377.

Disimulé mi decepción tras una amplia sonrisa.

El nombre de Jones era tan auténtico como el de Smith que yo había citado. A fin de cuentas, ¿no estaba mintiendo yo al declararme hermano del profesor? ¿No había mentido Gale Adams —suponiendo que éste fuese su verdadero nombre— al decir lo mismo que yo?

—Muy amable, señorita —contesté, sombrero en mano.

Y me dirigí hacia la calle.

En el interior de mi automóvil reflexioné unos momentos.

El superviviente del asalto a la «morgue» había huido. Cabía la posibilidad de que él fuese el hombre que había dicho llamarse Bob Jones.

Una cosa había fuera de toda duda: Bob Jones había matado al profesor Cuthbert.

Lo que tendría que hacer de ahora en adelante era tener mucho cuidado con aquella pistola tan terrible. Para un sencillo agente de publicidad como yo, metido en los momentos actuales en el ajo de la política, ya no había dudas de ninguna clase: los invasores estaban en el planeta.

Y ello ocurría en una fecha no demasiado avanzada, en 1988, cuando todavía apenas si había un centenar de terrestres en la Luna.

Me estremecí da pavor. ¿Cómo desencadenarían los invasores su ataque final?

¿Arrasarían el planeta para quedarse ellos como únicos dueños?

Fuera como fuera, yo tenía que hacer todos los posibles por impedirlo. Las órdenes recibidas y la misión asignada así lo indicaban.

Nadie sabía mi verdadera condición. Aparentemente, era un agente publicitario. En realidad, yo era un agente secreto. Ahora puedo decirlo impunemente, cuando ya todo ha pasado. Mis cifras de código eran 10-2/R.

Uno de los invasores era el superviviente del asalto a la «morgue». Había que buscarlo.

Todavía sentado en mi coche, saqué del bolsillo una cajita no mayor que un paquete de cigarrillos y efectué en ella determinadas manipulaciones. Luego extraje del bolsillo superior de la chaqueta unas gafas de gruesa montura y me las puse.

La patilla izquierda era un audífono. Casi en el acto escuché un debilísimo «pip-pip» que sonaba en el interior de mi cerebro.

Moví la cabeza a derecha e izquierda muy lentamente, buscando una mayor nitidez en los sonidos. Lo conseguí cuando el eje ideal de mi cabeza que pasa por la nariz hasta la nuca, formaba un ángulo de unos cuarenta y cinco grados a la derecha con respecto al eje vertical de mi cuerpo.

Di media vuelta a la llave de contacto. Tenía que rodar en la dirección señalada por el detector.

## CAPÍTULO III

Silenciosamente, el automóvil se detuvo ante una casa de aspecto corriente situada casi en las afueras de la ciudad. Los «pip-pips» sonaban con absoluta claridad.

Salté del coche y moví lentamente la cabeza hacia arriba. Cuando tuve los ojos a la altura del octavo piso, los pitidos alcanzaron una frecuencia singular.

—Ahí entró —murmuré.

Y entré en la casa.

El ascensor me dejó en el octavo piso. Salí al corredor.

El detector señalaba inflexiblemente la situación del invasor. Caminé despacio hasta detenerme ante una puerta frente a la cual los «pips» me aturdían y ensordecían.

Metí la mano en el bolsillo izquierdo y desconecté la cajita. Los pitidos cesaron en el acto.

Toqué el timbre de llamada. Mientras esperaba, guardé las gafas en el bolsillo superior de la chaqueta.

Un hombre abrió la puerta y me miró con suspicacia.

—¿Sí? —murmuró.

—Traigo órdenes —dije, hablando de costadillo.

El tipo se echó a un lado.

—Pase — invitó.

Cerró la puerta.

—¿Qué órdenes? —preguntó.

—Han fracasado.

—Lo sé. Hicimos todo lo que pudimos. Alguien intervino inesperadamente. Por fortuna, pude echar una bomba destructora en el coche.

—Lo sabemos. Eso aminora su culpa, Jones.

El hombre volvió a mirarme.

—Ése es un nombre que sólo uso en la calle —gruñó.

—¿Prefiere que le llame por la cifra clave?

—Está bien. ¿Qué más?

—¿Ha quitado de en medio a Cuthbert?

Jones sonrió desagradablemente.

—Era preciso evitar que hablara. De momento, conseguimos encerrarle en el manicomio, pero corríamos el riesgo de que alguien pudiera sonsacarle la verdad.

—Hizo bien —dije en tono aprobatorio—. Lo que no me exp... Lo que no nos explicamos es cómo supo Cuthbert que Owling era uno de los nuestros.

Jones se encogió de hombros.

—Yo tampoco, pero creo que una de las cosas que perdieron a

Owling fuese creerse superior a todos. Quizá Cuthbert sospechó que era un estudiante con una inteligencia muy superior a la de los demás.

—Muy posible —admití—. Ahora ya no podrán hacerle la autopsia.

Jones se frotó el estómago.

—Me siento muy incómodo con esta maldita cáscara —dijo.

Traté de ocultar la emoción que sentía. Así, pues, los invasores sólo usaban la forma humano-terrestre mientras estaban en nuestro planeta. ¿Podía una autopsia delatar su condición de extranjeros?

Indudablemente. De otro modo, no habrían raptado el cadáver de Owling ni el ser que tenía frente a mí hubiera lanzado la bomba destructora contra el coche, al ver que su misión había fracasado.

Moví los hombros unas cuantas veces.

—Sí, es una cáscara incómoda —admití.

—Bueno, ¿eso es todo? —preguntó Jones.

—¿Qué más puedo decirle? —respondí.

—Antes habló de que traía órdenes.

—Ah, sí —recordé—. Soy recién llegado al planeta. Déme la lista de sus colaboradores más inmediatos y el nombre de su jefe de sección. Necesito entrevistarme con ellos y transmitirles nuevas instrucciones.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Jones dijo:

—Espere un momento.

Presentí que había metido la pata. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Jones trasteó en un escritorio cercano. De repente, se volvió hacia mí, empuñando algo que parecía un bastoncito muy corto, con el mango-puño en ángulo recto.

—Usted no es uno de los nuestros —dijo.

—No —admití sin pestañear.

—Voy a matarle —anunció.

—Estoy en sus manos —contesté serenamente.

—No tengo ningún jefe de sección sobre mí —dijo Jones sonriendo—. Yo soy jefe de sección y, por encima de mí, hay un jefe de brigada. Sobre éste, un jefe de división.

—Una organización paramilitar, vamos —dije—. Y... ¿quién es el comandante supremo?

—Podría decírselo, pero, ¿de qué le va a servir en la tumba?

Miré el arma.

—¿Ése es el trasto que causa colapsos cardíacos? —pregunté.

—Sí —confirmó—. Lo siento. Llamaré a la policía y diré que era un amigo que vino de visita. Mientras conversábamos, se puso enfermo y...

—Un truco muy ingenioso, realmente.

—Lo es. Mata sin causar sospechas.

—¡Qué inteligentes son! Así que piensan conquistar nuestro planeta.

—Es nuestro —dijo Jones ceñudamente.

—Perdón, pero creo que nosotros estábamos antes —alegué.

—¿Qué significan para nosotros unas decenas de miles de años? —exclamó Jones despectivamente—. Nuestra raza es antiquísima; la edad de nuestra aparición en la Galaxia se mide por decenas de miles de siglos.

—¡Vejestorios! —dije irónicamente.

—Pero infinitamente superiores a ustedes, los terrestres —declaró Jones con infinito desdén.

—Si usted lo dice...

—Lo afirmo. Y basta ya de charla. ¡Adiós, terrestre!

Vi en los ojos de Jones que estaba dispuesto a matarme.

Podría tener otra figura distinta a la mía, pero bajo su aspecto terrestre, las emociones se reflejaban en su cara como si fuese un auténtico indígena.

Me eché a un lado en el momento en que partía la descarga. Con el pie derecho le arrojé una silla al pecho.

Jones trastabilló. Algo explotó sordamente a mis espaldas, conmoviendo la atmósfera de la estancia, aunque sin apenas ruido.

El invasor trató de rehacerse. Entonces, saqué la pistola y apreté el gatillo.

Ocurrió algo extraño. Jones se convirtió en humo, mientras yo me sentía violentamente proyectado contra la pared. Me pareció que alguien me había pegado una coz en el pecho, algo así como si un mulo se hubiese puesto en la pata un gran guante de boxeo.

Durante unos momentos, permanecí aturdido. El corazón me latía dificultosamente. Tardé bastante en ponerme en pie.

Mi pistola yacía por el suelo. Me agaché, la recogí y la examiné.

Un grueso taco se escapó de mis labios.

—¡Maldición! —dije entre dientes—. Tenía conectado el dispositivo de descarga desintegrante.

Corregí el indicador de acción del arma. Tenía que emplearla, en caso extremo, como una pistola corriente.

De Jones no quedaba ya ni el humo. En el suelo divisé un tubo retorcido, perdida su forma por completo.

Mi descarga había provocado la explosión de la pistola colapsadora. Ello explicaba la sacudida que me había lanzado contra la pared.

Tras algunas reflexiones, recogí el arma, convertida en un

sacacorchos, y me la eché al bolsillo. Mis jefes tenían que verla y ordenar que la analizasen.

Para mí era un arma nueva. Debía encontrar el medio de inutilizar o eludir sus mortíferas descargas.

Luego me dediqué a registrar el piso. Naturalmente, no encontré la menor indicación acerca de los superiores de Jones.

¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban?

Empeño difícil. A menos que los sacase de sus escondrijos...

* * *

Llegué a casa ya de noche. Al día siguiente, me dije, emprendería la campaña del «platillo volante».

Empezaba a comprender que, en medio de todo, no era una mala idea. Podía ser el medio que yo andaba buscando para hacer asomar la nariz a los superiores de Jones.

Abrí la puerta. Las luces estaban encendidas.

Saqué la pistola y puse el indicador en «Paralizante». Luego, de puntillas, caminé hacia la habitación donde tenía el transmisor.

La espalda de Gale Adams era preciosa, pero lo que estaba haciendo ya no me pareció tan agradable.

Me apoyé en el quicio de la puerta, apuntando con la pistola al centro de aquella encantadora espalda.

—Hola —saludé.

Gale no se volvió.

—Dispense, Wolf; termino en seguida. Mi transmisor está estropeado, ¿sabe?

Me quedé de piedra.

—¿Su... transmisor... estropeado? —repetí, articulando dificultosamente las palabras.

—Exactamente, pero... Ah, ya está.

Gale sé volvió y me dirigió una brillante sonrisa.

—¡Hola, 10-2/R! —dijo.

—Vaya —resoplé —. Así que usted es 22-5/T.

—Justamente. ¿Me dispensa que lo haya tenido oculto hasta ahora? Yo tampoco sabía que usted pertenecía al Servicio de Infiltraciones.

—Superé las pruebas hace nada menos que doce años —mascullé.

Ella me dirigió una burlona inclinación.

—Salve, maestro —dijo—. Ésta es mi primera misión... y, como ha podido comprobar, mi transmisor está estropeado. La Fábrica 40 tiene una fama pésima por sus productos; sus porcentajes de fallos alcanzan el uno por diez millones. La desgracia ha hecho que, entre

esos diez millones, me haya tocado a mí la china.

—Usted parece divertirse mucho, pero yo no estoy tan convencido de que sea 22-5/T.

—¿Quiere que se lo demuestre?

—Si no tiene inconveniente…

Gale se dirigió hacia su bolso, que yacía sobre una silla. La seguí con el cañón de mi pistola. Si intentaba repetir la jugarreta, la paralizaría en el acto con una descarga.

Ella sacó un tubito no mayor que un lápiz labial y se me acercó. Con la mano izquierda se subió un poco la manga derecha de su traje y enfocó el tubito hacia su antebrazo.

Las cifras de su clave aparecieron en el acto sobre su epidermis.

—¿Convencido, señor incrédulo? —dijo.

—Es usted 22-5/T —afirmé—. Ya no cabe la menor duda. Pero, ¿cómo no me lo dijo antes?

—No lo sabía, sencillamente. Creí que era, simplemente, uno de los hombres de Lingle.

—Y sigo siéndolo.

—Usted sabe a qué me refiero. Vine aquí para sonsacarle. Mi… nuestra misión es conseguir que triunfe Woorson en las elecciones.

—Entiendo. ¿Ha dicho algo interesante al Servicio de Infiltraciones?

—He enviado un mensaje con la noticia de la muerte de Cuthbert. He anunciado, además, la avería de mi transmisor y he solicitado un especialista para repararlo.

—Muy bien. Yo puedo decirle que he tenido que matar al asesino de Cuthbert. Si no lo hago, él me hubiese matado a mí también.

Gale frunció el ceño.

—Me pregunto cómo pudo saber Cuthbert que Owling era un invasor —dijo.

—El invasor a quien yo maté me dio una explicación que no me convenció en absoluto. —se lo dije y continué—: En cambio conseguí averiguar que su red parece bastante extensa; incluso tienen jefes de brigada y hasta de división.

Gale silbó.

—Esto se pone verdaderamente difícil, Wolf —comentó.

—Como que si no actuamos rápida y enérgicamente, se consumará la invasión.

—Sería terrible —dijo ella—. Además, hemos de actuar ocultamente. La gente no debe saber lo que está pasando.

—Una precaución muy elemental. Se produciría un pánico espantoso y…

Saqué del bolsillo la pistola colapsadora.

—¿Qué es eso? —exclamó Gale, intrigada.

—El arma que mató a Cuthbert —respondí—. Mi descarga la convirtió en esta especie de sacacorchos que está viendo.

Gale examinó atentamente el artefacto.

—Nunca había visto una cosa semejante —declaró.

—Tampoco yo —dije—. Por eso voy a enviarla al S.I., para que la analicen y construyan, si pueden, la contraarma. Mi descarga la hizo explotar y, créame, los efectos no tuvieron nada de agradables.

—Estoy segura de ello —Gale sonrió—. Mientras usted envía ese trasto, yo prepararé café y unos bocadillos. Tengo hambre —declaró sin remilgos.

Yo la miré y sonreí.

—Veintidós —dije, empleando la abreviatura de su cifra—, me alegro de que la hayan enviado a colaborar conmigo.

—Yo también lo celebro. Diez —respondió ella.

## CAPÍTULO IV

Mientras Gale trasteaba en la cocina, yo me senté ante el transmisor y coloqué la pistola colapsadora en una especie de plataforma que había a un palmo sobre la máquina de escribir.

Ejecuté algunas operaciones de control. Varios diminutos reflectores surgieron de distintos puntos del aparato y concentraron sus haces de luz invisible sobre la pistola del invasor.

Comprobé una vez más los instrumentos de medida. Luego presioné un botón.

Se oyó un tenue zumbido. La pistola colapsadora se hizo transparente primero y luego desapareció a los pocos segundos.

Ahora estaba viajando por el espacio. No tardaría en aparecer en otro transmisor análogo al mío. El Centro de Análisis del Servicio de Infiltraciones se encargaría del resto.

Gale vino poco después, con una gran bandeja en las manos. Me di cuenta de que llevaba puesto el mismo traje que en el manicomio.

Allí, sin embargo, la había visto de frente. Por eso no había podido advertir el gran escote de su espalda.

—Es un vestido muy bonito —dije, agarrando el primer bocadillo.

—¿Verdad que sí? —contestó, muy ufana—. Lo he diseñado yo misma. Soy dibujante de modas y también hago carteles publicitarios. Lingle me ha encargado algunos para su campaña presidencial.

—¿Sabe él que usted pertenece al S.I.?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —sonrió Gale—. Tampoco lo sabe de usted, ¿verdad?

—Es cierto. El S.I. es la entidad más supersecreta que existe hasta el momento.

—Dejando a un lado la organización de los invasores, Wolf —dijo ella.

—Es cierto. ¿De qué planeta provienen?

Gale llenó las tazas de café.

—No tengo la menor idea, Wolf —contestó.

—Desde luego, no tienen nuestra forma —afirmé.

—¿Cómo lo sabes? —me tuteó de pronto.

—Jones... bueno, el invasor que mató a Cuthbert, se quejó de lo incómoda que era la cáscara que llevaba puesta. Yo le seguí la corriente.

—Ah, una raza polimórfica.

—Sí. Pero no se sienten muy a gusto con nuestra apariencia.

Ella me miró y sonrió.

—¿Tú, sí, Wolf?

Me incliné en el asiento y recorrí con la vista las esbeltas líneas de su cuerpo.

—No cambiaría esta forma por todo el oro de... la Galaxia —dije.

Gale suspiró.

—A mí me gusta extraordinariamente —manifestó.

Guardamos un instante de silencio. Luego dije:

—Gale, tengo órdenes de emplear el procedimiento «platillo volante».

—¿Para qué? —preguntó. .

—Lo manda la Jefatura —contesté—. Estimo que es una buena idea —añadí.

—La comedia del «platillo volante» —dijo Gale pensativamente —, ¿crees que dará resultado?

—Puesto que hay invasores, cuando la noticia se haga pública, alguno de ellos se hará visible.

Gale frunció el ceño.

—Pero no tenemos medios para detectar su identidad —dijo.

—Es un serio inconveniente —admití—. Sin embargo, habremos de procurar detectar a uno de ellos por lo menos.

—¿Se te ocurre alguna idea? —preguntó.

Cerré los ojos y reflexioné un momento.

—Sí —dije al cabo—, creo que podremos conseguirlo.

—Explícate, Diez —pidió.

Le comuniqué mi idea. Gale la aceptó en el acto.

—Probaremos —dijo—. Pero no podremos hacerlo hasta que haya aterrizado el platillo volante. ¿Cuándo lo tendrás listo?

—Antes de una semana, no, por supuesto.

—Demasiado tiempo, Wolf.

—Lo siento; sólo tengo dos manos.

—Debes procurar, estimo, no rebasar ese plazo. ¿Sabes que los índices de popularidad de Parr aumentan lenta pero seguramente?

Me puse rígido.

Robert Parr era el contrincante de nuestro patrocinado. Si su popularidad se extendía, ganaría las elecciones.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Lee los periódicos —contestó ella.

Me puse en pie y caminé hacia el teléfono. Momentos después, entraba en contacto con Harry Lingle, el director y cabeza visible de la organización publicitaria que llevaba la campaña para la elección de Woorson como presidente.

—¿Harry? Habla Bell. Me he enterado de que Parr «nos» gana en publicidad.

—Sí, es cierto —contestó Lingle furiosamente. Me lo imaginaba

mordiendo un grueso cigarro y tabaleando con una mano sobre la mesa—. La ventaja que nos lleva por ahora es casi de dos a uno.

—Mucha ventaja es —observé—. Harry, yo puedo darte una idea.

—Habla —pidió Lingle lacónicamente.

—¿Recuerdas el incidente de la Universidad?

—¿Te refieres a aquel estudiante asesinado?

—Si, justamente. Cuthbert, su asesino, ha muerto.

—¿Asesinado también?

—Sí, pero la autopsia sólo dirá que fue un colapso cardíaco.

—No hay hoy medios para engañar a un buen forense, cuando la muerte es provocada o no accidental —aseguró Lingle de mal humor.

—En este caso, sí —afirmé.

—Bueno, pero, ¿qué tiene eso que ver con la idea que me ibas a dar?

—Aguarda un momento. Cuthbert declaró que Owling sí era invasor de la Tierra.

—¡Oh! —explotó Lingle—. Wolf, ¿también tú crees en esas paparruchas?

—Óyeme bien, Harry. Los Owling apoyan a Parr. Es duro... pero la política no tiene entrañas. Apóyate en las frases de Cuthbert para atacar a Parr por el flanco de los Owling, que son sus principales sostenedores.

—¡Wolf! —gritó Lingle—. Si digo eso, mis declaraciones se volverán contra Woorson. ¿Quién diablos va a creer una cosa semejante?

Oculté una sonrisa.

—Bueno, una semana sí puedes perder, ¿no? Todavía quedan bastantes meses para las elecciones... y nosotros podemos sacarnos un truco de la manga para hacer creer a la gente que los Owling están de acuerdo con los invasores del planeta.

—Pero eso es absurdo. No hay seres extraterrestres en el planeta. Además, la gente no se lo creerá; insisto en ello. Es un «boomerang» que puede volverse contra nosotros, Wolf.

—Harry...

—Mira, Wolf, si la gente empieza a leer en los periódicos insensateces como la que me estás proponiendo, lo menos que pensarán de Woorson es que se trata de un solemne idiota, por emplear a super-idiotas para llevar su campaña presidencial. Se hundirá en el ridículo y Parr se llevará todos los votos sin hacer el menor esfuerzo. Los correligionarios de Woorson creerán que nosotros estábamos de acuerdo con Parr y...

—¡Escucha, Harry!

Tuve que gritar de firme, si no, Lingle no hubiese parado de hablar.

—Óyeme —dije, cuando hube cortado su fluente chorro de palabras—, he dicho antes que me des una semana de tiempo. No digas nada, no actúes, no des ninguna nota a la prensa en ese sentido... hasta que puedas hacerlo apoyado en una base firme e irrefutable. ¿Está claro?

Lingle dudó un momento.

—Supongo —dijo al cabo—, que no irás a contratar a unos extras de cine y vestirlos de marcianos.

Me eché a reír.

—Nada de eso, Harry. Déjalo en mis manos y duerme tranquilo. Dentro de una semana podrás emplear a fondo tus dotes de director de gabinete de prensa... ¡y con qué éxito!

Colgué el aparato antes de que pudiera formular ninguna objeción. Me volví y miré a Gale.

—Veintidós, voy a empezar mi campaña —dije.

—Muy bien, Diez. Yo continuaré mis investigaciones mientras tanto.

—Estaré ausente toda la semana. Si no te envían el especialista para arreglar tu transmisor, usa el mío. Ah, y procura recoger el informe del análisis de la pistola colapsadora, como también la contraarma, si han sabido hallarla.

—Lo tendré en cuenta, Wolf. ¿Necesitas algo?

Me toqué el bolsillo del pantalón a la vez que soltaba una corta carcajada.

—El Servicio de Infiltraciones es generoso con sus agentes —contesté.

—Es cierto, no escatima fondos del presupuesto. Claro que, siendo una organización tan secreta, el contribuyente no la conoce y, por lo tanto, no se queja de los impuestos que paga para el S.I.

—Así es. Ah, Gale, en caso de urgencia, usa la clave 15-A.

—15-A —repitió ella—. Entendido, Wolf.

De pronto, con acento pensativo, dijo:

—Oye, ¿crees que Lingle pertenece al S.I.?

Volví a reír.

—¡Dios nos libre! —exclamé—. Nuestro candidato no tendría ninguna posibilidad si así fuera.

Sin más, me dirigí hacia la puerta. Desde allí, volví la cabeza y la miré de arriba a abajo.

—Gale, eres una chica monísima —dije.

—¿Te gusto? —preguntó ella coquetamente.

—No podían haberme enviado mejor ayudante —contesté.

—Espero que emitas un buen informe de mí cuando la misión

haya terminado.

—Puedes estar segura de que ascenderás un grado —declaré—. Pero tendrás que esperar a que Woorson sea presidente.

Ella hizo un gesto resuelto.

—¡Ganará las elecciones, Wolf!

—Ganará —repetí. Y luego agregué—: Echaremos a los invasores de nuestro planeta, Gale.

—No les quedarán ganas de volver más por aquí —afirmó ella rotundamente.

Después de aquello, abandoné la casa y emprendí la campaña de la «comedia del platillo volante».

* * *

Seis días después y empleando la clave convenida, llamé a Gale.

—¿Me oyes bien, Veintidós?

—Perfectamente, Diez.

—Tengo todo dispuesto. ¿Has preparado tú lo que te dije hace dos días?

—Sí, lo tengo listo.

—Bien, entonces toma nota; voy a darte mi situación actual. Tienes que reunirte conmigo antes de mañana a la medianoche.

—Entendido. Habla, Diez.

Dije a Gale el lugar en que me hallaba. Ella, al cabo de unos instantes, respondió:

—He tomado nota, Diez. No estás muy lejos.

—Los Owling viven relativamente cerca de Nueva York —contesté—. ¿Qué sabes de la pistola colapsadora?

—Han enviado dos, con instrucciones para su manejo.

—Eso significa que las han reproducido.

—Sí, justamente.

—¿Y la contraarma?

—Están estudiándola. —Sonó una risita—. Por el momento, la mejor contraarma es situarse a cincuenta metros de distancia.

—Ah —murmuré—. De modo que es mortal a menos de cincuenta metros.

—Así lo dicen los del Centro de Análisis y no hay por qué dudar de sus afirmaciones.

—En efecto. Bueno, ¿enterada de todo, Veintidós?

—Sí, Diez, enterada de todo. Hasta mañana por la noche en el lugar indicado.

—Hasta mañana, Veintidós.

Corté la transmisión y me recliné en el césped.

Desde el punto en que me hallaba, junto a mi automóvil con remolque-vivienda, acampado cerca del río Hudson, divisaba la mansión de los Owling.

Uno de los motivos por los cuales Owling había sido el bromista de la Universidad era la fortuna de su familia. El dinero de los Owling había servido para tapar muchos desaguisados del estudiante, hasta que alguien se hartó y le metió unas cuantas balas en el cuerpo.

Políticamente, apoyaban a nuestro candidato rival, financiando gran parte de su campaña pro-elecciones. Me pregunté qué habría sido del auténtico Bill Owling.

Probablemente, su cadáver habría desaparecido de un modo absoluto, tan absoluto como el supuesto Bob Jones. Un invasor habría tomado el puesto de Bill Owling y…

Sonreí, mientras pensaba en la «comedia del platillo volante». Iba a tener lugar nada menos que en el propio parque de la riquísima familia Owling.

## CAPÍTULO V

Gale llegó una hora antes de la medianoche.

Conducía un automóvil pequeño, recién importado de Europa. Cuando saltó al suelo celebré la temperatura estival. Su indumentaria consistía en una blusa sin espalda ni mangas y unos pantalones muy cortos y sandalias de tiras. Pendiente del hombro izquierdo llevaba su inseparable bolso.

Salí a su encuentro. Me pareció sumamente atractiva con el pelo recogido en una tirante cola de caballo, adornada con un monumental lazo encarnado.

—Hola, guapísima —dije.

Ella se ruborizó muchísimo. Claro que, como era de noche, no pude apreciarlo.

—Me alegro verte, Diez —saludó, tendiéndome su mano—. ¿Todo listo?

—Sí —contesté—. ¿Quieres ver la mansión de los Owling?

—Por supuesto.

Caminamos una veintena de pasos sobre la hierba. La casa de los Owling quedaba a nuestra derecha, en un plano ligeramente inferior, en el centro de una gran plataforma rocosa, cuyos bordes acantilados daban directamente sobre uno de los meandros del río.

La distancia era de unos cien metros. Un poco más allá, se veía una cabaña de recreo, evidentemente de una familia de posibilidades muchísimo más modestas que los Owling.

—¿Quiénes son los otros? —preguntó Gale.

—Se llaman Robinson y es una familia compuesta por los padres y cinco chicos. El mayor tiene catorce años y el menor acaba de venir al mundo.

—Ah.

Había luces en los dos edificios. Por supuesto, el de los Owling era muchísimo mayor que el de los Robinson. Desde donde estábamos, podíamos ver la piscina iluminada en el centro del parque. Había cuatro o cinco personas bañándose.

—Son los familiares de los Owling. Han venido a hacer compañía a los padres y a la hermana, con motivo de la muerte del bromista.

—Bonita manera de acompañar a una familia en su dolor —se quejó Gale.

—Ellos dan el ejemplo. ¿Ves aquella rubia? Es Nancy Owling, la hermana de Bill. La pobre no sabe que Bill murió hace muchísimo más tiempo.

Gale me miró sorprendida.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Bueno, si Owling era un invasor, tuvo que tomar el puesto de Bill.

—Y no lo hizo pidiéndole permiso, sino matándole y haciendo desaparecer su cuerpo —murmuró pensativamente.

—Así opino yo —contesté—. Bien, ¿nos preparamos para actuar?

—Sí, cuando quieras. ¿Dónde está la nave extraterrestre?

Señalé con la mano hacia arriba.

—Allí. Indetectable, por supuesto.

—¿Has conseguido construir un platillo volante en sólo seis días? —exclamó admirada—. Wolf, eres todo un tipo.

Me eché a reír.

—Ellos me lo enviaron en piezas. Yo no tuve otro trabajo que montarlo. Sencillo, querida. A propósito, ¿has traído los aparatos de rayos X portátiles?

—Sí, los tengo en la maleta del coche.

—Bien, si encontramos un invasor, dispárale un dardo de detección. Luego le seguiremos y procuraremos interrogarle.

—De acuerdo.

Retrocedimos hasta el coche. Dentro del remolque tenía una enloquecedora colección de instrumentos, que habrían causado la locura y la delicia de cientos de sabios.

—Quédate afuera y vigila, Veintidós —ordené.

—De acuerdo, Diez —contestó ella.

Entré en el remolque y corrí las cortinillas, a fin de que nadie pudiera ver lo que sucedía en su interior. Sólo dejé una rendija en la ventana más próxima; estaba encarada directamente al parque de los Owling.

Inmediatamente me puse a trabajar. Era preciso hacer descender la espacionave invasora.

* * *

En casa de los Robinson, la madre, Frances, dijo a su hijo mayor:

—Richard, es hora de que te acuestes.

—Mamá, no tengo sueño. Además, hace mucho calor —respondió el muchacho.

Frances Robinson requirió la ayuda de su marido.

—¿Oyes, Nick? Anda, dile tú a Richard que obedezca. A mí no me hace caso…

—Richard —dijo el dueño de la casa, sin dejar de leer el periódico bajo la luz del porche—, obedece a tu madre.

—Sí, papá. Oye, ¿sabes una cosa?

—Dime, Richard.

—¡Hace una noche para platillos volantes!

—¡Richard! —gritó la madre.

—Mamá, no es más que una frase —rió el chico—. Pero es la noche ideal para que los platillos volantes, cargados de invasores, empiecen a llegar a la Tierra. Papá, tú tienes ahí una escopeta, ¿no?

Nick Robinson dejó el periódico a un lado, y mordió la pipa.

—Richard, si no te vas a la cama ahora mismo, yo...

El señor Robinson se interrumpió de repente. Francés, su esposa, y Richard, elevaron la mirada a lo alto.

Se oía una lejana y extraña música, una melodía de tonos no escuchados antes en la Tierra. Era una serie de suaves y agradables vibraciones que oscilaban regularmente, con notas de volumen gradualmente acentuado, infinitamente armónicas.

La música parecía provenir de lo más profundo del cielo estrellado.

—¿Oís eso? —dijo Frances Robinson, repentinamente preocupada.

De repente, Richard tendió la mano hacia las alturas, a la vez que gritaba:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Ya vienen los invasores a bordo de su nave espacial! ¡Ya están llegando a nuestro planeta!

La pipa se desprendió de los dientes del atónito Nick Robinson.

—¡Dios Santo! —exclamó—. «¡Es un platillo volante!»

* * *

En el jardín de los Owling, los jóvenes se divertían moderadamente, teniendo en cuenta las tristes circunstancias por las que atravesaba la familia.

Parkins, el mayordomo, cruzó la terraza con una bandeja en las manos y se acercó a los cinco jóvenes que se hallaban junto a la piscina.

—Señorita Nancy —dijo respetuosamente.

Nancy Owling tomó una copa.

—Remojad el gaznate, chicos —dijo—. Y no pongáis esas caras tan fúnebres; al pobre Bill no le gustaría veros así.

Rex Malcolmson, primo de Nancy, tomó una copa y dijo:

—Aquel chiflado de profesor tuvo mucha suerte en morirse del corazón. De otro modo, yo...

La música extraña se dejó oír en aquellos momentos.

—¿Qué es eso? —gritó otra prima de Nancy, llamada Mary Gynns.

Nancy alzó los ojos hacia el cielo. Todo su cuerpo se

estremeció de pies a cabeza.

—Mirad… —dijo con voz llena de terror.

Una luz verdosa descendía sobre el parque. Rex Malcolmson dejó caer la copa. Parkins le imitó, pero en más, porque tenía la bandeja en las manos.

—¡Es una nave espacial! —gritó.

—Un platillo volante —chilló Dora Brunner, también prima de Nancy.

La nave se agrandaba rápidamente. Bajaba en vertical sobre el parque, envuelta en un resplandor verdoso de intensidad ligeramente oscilante.

—A la casa, a la casa —gritó Rex.

—Hay rifles adentro —exclamó Nancy, más valiente.

La nave espacial estaba ya a menos de cincuenta metros de altura. El grupo de jóvenes echó a correr hacia el edificio. Parkins, más viejo, no anduvo listo y cinco pares de pies pasaron por encima de su cuerpo, moliéndole desconsideradamente las costillas.

A pesar de todo, el miedo que sentía el mayordomo le hizo olvidar sus dolores y corrió desalado a refugiarse en la casa. Los señores de la casa se asomaron a la ventana de su dormitorio, situado en el piso principal del edificio.

—¡Cielos! —exclamó la señora Owling. Y se desmayó en el acto.

El señor Owling no sabía qué hacer, si atender a su esposa o escapar a lo que imaginaba era el principio de una invasión marciana de la Tierra.

Helado de pavor, contempló el aterrizaje de la espacionave. Nancy y sus primos, guarecidos bajo el pórtico de columnas de la casa, contemplaron el enorme artefacto, detenido a menos de cincuenta metros de distancia.

El resplandor desapareció y la música se apagó. Sólo quedó encendido un faro intermitente, de luz violeta, situado en la cúpula del platillo volante.

En casa de los Robinson, Richard, valientemente, agarró la cámara de filmar de su padre y echó a correr hacia el parque de los vecinos.

—¡Quiero impresionar una película de los invasores cuando desembarquen! —gritó.

Nick Robinson vaciló un instante, pero reaccionó en seguida y echó a correr en pos de su vástago.

—¡Párate, Richard! —gritó—. ¡Alto, hijo mío…!

Rex Malcolmson tragó saliva. El platillo volador estaba allí, quieto, silencioso, brillante bajo las luces de la mansión, con el metal despidiendo vivos reflejos de las lámparas, sin que se viera nadie a

través de las ventanillas circulares de lo que parecía ser el habitáculo.

Sólo el faro de color violeta continuaba emitiendo su centelleo intermitente.

Richard Robinson llegó a diez metros del platillo y empezó a hacer pasar película por delante del objetivo. En aquel momento, Rex Malcolmson decidió que era preciso hacer algo.

—Voy a ver si les hablo —dijo valientemente.

Descendió las escaleras del pórtico, seguido de una serie de chillidos de las muchachas. Llegó junto al platillo y miró hacia arriba.

El faro intermitente estaba a unos cuatro metros por encima de su cabeza. La distancia al borde opuesto era algo más del doble.

Alargó la mano y golpeó con los nudillos en el metal. Una fuerza misteriosa le derribó, lanzándole a cuatro metros de distancia.

Las chicas volvieron a chillar. Malcolmson, que no había sufrido el menor daño, sin embargo, gateó un poco y luego escapó a la carrera.

—¡No quieren entablar contacto con nosotros! —gritó, despavorido—. ¡Hay que avisar a la policía, al Ejército...!

Richard Robinson ululaba de alegría. Había sido una toma perfecta.

Se haría célebre, pensó el chico. El padre, a su lado, pensaba en el dinero que podrían obtener por la película.

## CAPÍTULO VI

La multitud hormigueaba en torno a la mansión de los Owling.

Decenas de cámaras de cine y televisión enfocaban constantemente el platillo volante. Fuerzas del Ejército habían acordonado el área, incluso con ayuda de supertanques.

Los helicópteros sobrevolaban la zona, armados hasta los dientes. El Pentágono no lo había hecho público, pero dos de aquellos helicópteros portaban cohetes con cabeza atómica táctica.

El platillo continuaba en el mismo sitio. El faro seguía emitiendo sus destellos.

Los informadores de la prensa, radio y TV pululaban por todas partes. Los dos héroes eran Richard Robinson, cuya película había dado ya la vuelta al mundo, y Rex Malcolmson. A éste se le consideraba como un héroe por haberse atrevido a enfrentar con los invasores con las manos desnudas.

Yo había llevado mi remolque a un par de kilómetros de aquel lugar. Cuando se reúne en un sitio una muchedumbre semejante, los amigos de lo ajeno abundan tanto como los periodistas.

Gale y yo caminamos hasta donde pudimos. Entonces, sin más, nos separamos un poco.

Lenta pero incansablemente, fuimos explorando a todos cuantos se habían agolpado para contemplar el increíble espectáculo de la nave extraterrestre posada en el parque de los Owling.

Lingle debía de estar loco buscándome por todas partes. Bueno, ya nos encontraríamos.

Yo llevaba en la mano izquierda lo que parecía ser un aparato receptor de TV a pilas, apenas mayor que un paquete de cigarrillos. Muchos contemplaban la escena a través de las pantallas de aparatos semejantes. Otros veían el platillo y escuchaban los comentarios que emitían los locutores de las distintas cadenas de TV.

De pronto, divisé en la pantalla unas manchas confusas.

—Atención, Veintidós —dije en voz baja.

—Te oigo bien y claro, Diez —contestó Gale.

—Localizado un invasor en la pantalla. ¿Dónde estás?

—A diez metros de ti, dirección sudoeste.

—Da cuatro pasos a tu derecha, por favor.

En realidad, la pantalla de mi pretendido minitelevisor no era sino la pantalla de un aparato de rayos X. Gale llevaba el tubo catódico emisor, y los rayos, después de atravesar los cuerpos humanos, se detenían en mi pantalla.

Las imágenes se aclararon. En modo alguno correspondían a un esqueleto humano-terrestre.

—Un paso más —pedí.

La nitidez de la imagen se hizo definitiva. Ahora era preciso comprobar a quién pertenecía aquel horrendo conjunto de vísceras, que parecían el dibujo de un pintor atacado de «delirium tremens».

—Yo daré dos pasos hacia adelante —dije—. Tú otros dos. ¡Ahora!

Avanzamos simultáneamente. Las imágenes se agrandaron y, por lo tanto, dejamos de ver buena parte del interior del cuerpo del invasor.

—Creo que lo tengo —dije—. ¿Qué te parece ese sujeto pelirrojo que tiene una botella de refresco en la mano? Viste una camiseta a rayas naranja y azul…

—Tiene un gusto horrible —contestó Gale—. No me refiero al refresco, sino a su camiseta.

—El gusto de un invasor —dije sarcásticamente—. ¿Tienes preparado el lanzadardos detector?

—Sí.

—Adelante.

El tipo del refresco se golpeó de pronto el cuello. Le oímos decir con toda claridad:

—¡Malditos mosquitos!

—Veintidós, ya podemos largarnos —dije.

—Muy bien, Diez.

Un grupo de hombres llegó en aquel momento. Vestían uniforme de faena del Ejército y traían una impresionante colección de herramientas y sopletes para forzar la entrada al platillo volante.

—Cuidado, Wolf —me dijo Gale—. Si descubren que es una trampa…

—Vamos a desengañarles —contesté.

Apreté un botón del supuesto televisor. Una onda de radio fue disparada, alcanzó uno de los instrumentos del remolque y rebotó hacia un aparato contenido dentro del supuesto aparato interplanetario.

El farol intermitente se apagó de pronto. Se oyó un «Oh» general de asombro.

Bruscamente, una luz vivísima, de color blanco, deslumbrante aun en pleno día, brotó del interior de la espacionave. Los gritos de asombro se trocaron en chillidos de espanto.

Los especialistas del Ejército retrocedieron a la carrera. La gente escapaba desordenadamente.

Nacieron grandes llamaradas que despedían un calor intensísimo. Los espectadores corrían alocadamente en todas direcciones.

Gale y yo nos vimos envueltos en aquel torbellino de personas empavorecidas, aunque, prevenidos, pudimos sacarles delantera a casi

todos.

El metal se fundió como mantequilla. Finalmente, sonaron unas cuantas explosiones apagadas y el fuego se extinguió.

Cuando el siniestro hubo terminado, lo único que quedaba del platillo volante era un círculo de tierra quemada y la casa de los Owling sin un cristal sano.

Gale y yo alcanzamos nuestros coches.

—¿Puedo dejar de utilizar la clave 15-A? —preguntó ella.

—Por supuesto — accedí.

Gale sacudió ligeramente la cabeza.

—Es el mejor medio de comunicarse sin interferencias, pero resulta fatigosa si se emplea demasiado tiempo.

—Es cierto —convine—. Bueno, ¿tienes listo tu detector?

—Desde luego.

—Hay que seguir la pista del invasor. Procura fijarlo; no hagas nada mientras no te lo ordene.

—Entendido —Gale me miró con simpatía—. Oye, Wolf, ¿cómo realizaste el truco del platillo volante?

Me eché a reír.

—Algún día sabrás más cosas de mí —contesté—. De momento, puedo decirte que la supuesta espacionave estaba completamente hueca. Dentro no había más que un minúsculo motor propulsor, no mayor que mi mano, el emisor de música del espacio... y la bomba destructora, a base de magnesio principalmente.

—Eso explica el intenso resplandor —dijo Gale.

—La Jefatura del Servicio de Infiltraciones me proporcionó los materiales —expliqué—. Tengo un transmisor mucho mayor que el de casa en... determinado lugar. Así recibí las distintas partes del platillo volante.

—Entiendo —sonrió la joven—. Un duro golpe para los Owling —añadió.

—Se lo merecen, aunque, por otra parte, es de lamentar la muerte del verdadero Bill. Era un gaznápiro, pero no se merecía un final tan trágico.

Gale asintió.

—Tienes razón —concordó—. Sin embargo, nosotros debemos seguir adelante. Woorson debe ser elegido presidente.

—Lo será —afirmé—. Pon en marcha el detector; su radio de acción es prácticamente ilimitado en el ámbito del planeta.

—Sí, ya lo sé.

Gale cubrió sus hermosos ojos con unas gafas análogas a las mías, aunque con los cristales ahumados. Me tendió una mano y sonrió radiantemente.

—Es un placer trabajar contigo, Diez —dijo.

—El placer es mío —contesté—. Llámame apenas tengas algo positivo.

—De acuerdo.

Nos separamos. Ella se fue a su auto y yo subí al mío. Llevando la caseta remolque detrás de mí, emprendí el regreso a Nueva York.

Aquella misma noche llamé a Harry Lingle.

—¿Harry? Habla Bell —dije.

—¡Wolf! —rugió Lingle—. ¿Dónde estás?

—En casa, naturalmente. Ya he vuelto…

—He leído los periódicos. Hay comentarios para todos los gustos, Wolf.

Lancé una mirada a los diarios que tenía sobre la mesita.

—Sí, yo también los he leído —contesté.

Lingle hizo una pausa. Luego dijo:

—Wolf, ¿crees de veras que en ese platillo volante había invasores? —preguntó.

—No puedo asegurarte nada. Según los periódicos, los seres extraterrestres perecieron calcinados al explotar su vehículo. El calor fue tal, que sus cuerpos fueron consumidos completamente.

—Sí, eso dice la prensa —admitió Lingle preocupadamente—. Wolf, ¿piensas que la gente se creerá que los Owling estaban en relación con los invasores?

—Bueno, no lo afirmes rotundamente por el momento. Lanza una ligera insinuación; di que la nave del espacio estuvo mucho tiempo en el jardín de los Owling, que tuvieron tiempo de comunicarse con sus tripulantes sin ser observados… Todo esto gradualmente, sin acentuar demasiado las tintas por el momento. El caso es que el público vaya reaccionando poco a poco, ¿comprendes?

Lingle dudaba todavía.

—¡Todo esto es tan fantástico! —exclamó—. Pero no hay duda: he visto fotografías, películas, relatos de los Owling y de los Robinson y de decenas de espectadores… Era una nave extraterrestre, Wolf.

—Así opino yo, Harry.

—Pero… tú sabías que iba a pasar algo por el estilo —dijo Lingle—. ¿Quién te lo dijo?

Me eché a reír.

—¿Acaso piensas que soy también un invasor? Bueno, Harry, fue sólo una indicación basada en el suceso del profesor Cuthbert.

—Sí, pero el platillo llegó en el plazo que fijaste.

—Mera coincidencia, Harry. La verdad, como queda tiempo de sobra todavía, me tomé una semana de vacaciones. Y no me fui solo, pero no puedo comprometerla a ella.

Lingle se echó a reír.

—¡Granuja! —me apostrofó cariñosamente—. Bueno, se le

puede sacar algo de jugo al asunto. A ver si preparas unos buenos temas para la campaña del presidente —agregó.

—Dentro de una semana tendrás literatura de sobra —prometí.

Colgué el teléfono.

Las cosas parecían marchar. Teníamos «marcado» a un invasor y nuestro candidato se hallaba en camino de superar la popularidad del rival.

Apenas se supiese que los Owling, sus principales sostenedores, mantenían relaciones con unos invasores del planeta, Parr empezaría a perder puestos en las encuestas públicas. Luego, llegado el momento, le asestaríamos el golpe final. Woorson debía ser presidente.

En aquel momento, sonó un suave tañido en el interior de la estancia. Fui hacia el cuadro, lo hice girar y vi el centelleo de la lámpara anunciadora de una próxima comunicación.

Volví el cuadro a su primitiva posición. Luego me encaminé hacia el transmisor.

El mensaje decía:

> **Clave TT/81-R-IV-116. Descubierta arma anuladora efectos pistola colapsadora. Enviamos dos ejemplares. Entregue uno a 22-5-T. Acuse recibo contraarma e instrucciones su uso. Informe resultados últimas investigaciones. Quedamos atentos a la recepción. Jefe 5/B.**

Empecé a manejar los controles de recepción de objetos sólidos. Momentos después, tenía delante de mí unos medallones de unos diez centímetros de diámetro, por uno de grueso, con sus correspondientes cadenas para llevarlos colgados del cuello.

Leí las instrucciones. Eran sencillas. El manejo de la contraarma no ofrecía dificultades.

Me puse un medallón y guardé el otro en un bolsillo para entregárselo a Gale apenas volviese a verla. El medallón, como es obvio, quedó oculto bajo mi ropa, en contacto directo con el pecho, como señalaban las instrucciones.

Luego me senté a escribir.

Media hora después, había dado por finalizada la transmisión. Cerré todo y me dispuse a comer algo.

En aquel momento, percibí el sonido de la campanilla de llamada. Fui hacia la puerta, pero, antes de abrir, revisé la pistola.

Estaba en «Paralizante». Quité el seguro y abrí la puerta.

Un hombre apareció ante mis ojos. Era de regular estatura, fuerte y considerablemente robusto.

—Perdón —dijo cortésmente—. Soy el vecino del piso de al lado. Mi teléfono se ha averiado y he de llamar a la compañía para que vengan a repararlo. ¿Podría...?

—Por supuesto —accedí cortésmente—. Ésta es su casa, amigo.

—Mil gracias, señor. Es usted muy amable.

El hombre cruzó el umbral y yo cerré la puerta. Cuando me volví, advertí que estaba en el centro de la sala, empuñando una pistola colapsadora.

La pistola chasqueó casi silenciosamente. Sentí un fuerte golpe en el pecho, pero no lo suficiente para hacerme estremecer siquiera.

El invasor me miró atónito. No podía creer en un fallo de su pistola.

Yo sonreí.

—Ese trasto no sirve conmigo —dije.

Saqué mi pistola y disparé una descarga paralizante. ¿Qué mejor ocasión para capturar vivo a un invasor, sin necesidad de correr tras él de un lado para otro?

## CAPÍTULO VII

El invasor recibió de lleno la descarga paralizante.

Entonces ocurrió algo espantoso. Su cuerpo se abrió por numerosas partes, en medio de una serie de aterradores crujidos, que recordaban el de un gran cántaro de barro que se rompiera por una presión excesiva del líquido contenido en su interior.

El cuerpo humano-terrestre desapareció, transformándose en algo horrible, repugnante, de imposible descripción. Sólo quedaron las ropas, desgarradas, hechas trizas, cubriendo... aquella desagradable masa de materia que no tenía nombre.

Al ver aquello, comprendí los motivos de la queja del invasor a quien yo había fulminado, aunque involuntariamente, con una descarga atómica. Sólo la increíble rapidez de la misma había evitado que la cáscara del invasor saltase como en el caso presente.

Bob Jones había dicho: «Me siento muy incómodo con esta cáscara.» La definición era absolutamente exacta.

Durante unos momentos permanecí atónito, contemplando aquel repulsivo montón de materia casi amorfa. Prefiero no describirlo para ahorrar detalles desagradables.

Luego corrí a mi cuarto, tomé una manta y cubrí el cuerpo del invasor. No sabía qué hacer.

Había perdido el apetito por completo. Lo raro es que no acabase en el cuarto de baño; mi estómago protestaba desaforadamente, pero pude contener las arcadas con la ayuda de un buen trago de licor.

Estuve indeciso un momento. Después se me ocurrió una idea.

—¡Claro! —exclamé—. ¿Por qué no? La nave espacial dejó un superviviente y lo hallarán en...

Cuando volví a casa era ya muy cerca del amanecer. Me metí en el baño y, después de una buena ducha, fui directo a la cama.

Estuve durmiendo hasta que me despertó el teléfono. Levanté el aparato y me lo acerqué a la oreja.

—Bell —dije con voz somnolienta.

—¡Wolf! —exclamó Lingle—. ¿Has leído los periódicos?

—No —contesté—. Estuve trabajando anoche hasta muy tarde, preparando algunas cosillas para la campaña... ¿Qué sucede, Harry? Te noto muy excitado.

—¿Excitado? ¡Rayos, sucede lo más estupendo e increíble que jamás se haya podido escuchar! ¡Se ha encontrado el cadáver de un ser extraterrestre en la casa de los Owling!

»¿Mentirían todos los periódicos, todas las emisoras de radio y todas las estaciones de televisión? El cadáver del extraño está ya en manos de los más reputados biólogos... Parece ser que el extraterrestre

no pudo soportar nuestra atmósfera...

—Indudablemente —dije—. Tampoco nosotros podríamos vivir en Marte o en Venus, Harry.

—Eso pienso yo. Pero ¿qué diablos haría en casa de los Owling? ¿Sabes dónde lo encontraron?

—Dime, Harry —solicité.

—En el propio despacho del dueño de la casa. ¿Qué te parece? ¡Ahora sí que tengo base para acusarles de estar en connivencia con los invasores!

—Pues adelante y no te demores, Harry —aconsejé—. Recuerda que Parr va ganando todavía.

—¡A partir de ahora —afirmó Lingle campanudamente—, se inicia su declive! Cuando terminemos con él, nadie le querrá siquiera para portero de una fábrica.

—¡Así se habla, muchacho! ¡Duro con él! Y ahora, ¿puedo ir al baño?

—Claro. Que te diviertas, Wolf. Y a ver si vienes a verme pronto.

—Desde luego, Harry.

Colgué el teléfono, sonriendo satisfecho.

La excursión a la mansión de los Owling, con el cuerpo del invasor en el coche no había sido placentera, pero había dado sus frutos. Merecía la pena haber castigado tanto el estómago. Y no digamos nada de la nariz; ¡uf, cómo olía aquel bicharraco!

Cuando saltaba de la cama, sonó el teléfono de nuevo.

Levanté el aparato. Inmediatamente, percibí una voz conocida.

—Clave 15-A —dijo Gale. Y colgó sin más.

Deposité el aparato sobre la horquilla. Inmediatamente, me puse en contacto con la chica.

—Adelante, Gale.

—Localizado el invasor —manifestó ella—. Reside en un ático de la Quinta Avenida, número 3.800, casi frente al Parque Central.

—¡Qué tío! Saben gastarse los dineros, ¿eh?

—Debe de ser un jefe de brigada o división —dijo Gale.

—Muy probablemente —concordé—. ¿Dónde estás ahora?

—En un café del mismo edificio, a dos pasos de la puerta.

—Entiendo. Aguárdame ahí; iré ahora mismo. Una cosa, Veintidós.

—¿Sí, Diez?

—Cuidado. No le ataques, a menos que sea para defenderte. Recuerda que son polimórficos.

—¿Por qué dices eso, Wolf?

—Anoche... bien, te lo contaré luego. Una simple descarga paralizante basta para que recobren su forma original.

—¡Cielos! —exclamó Gale.

—Así que ya lo sabes. Luego hablaremos. Continúa vigilando.

—Está bien. Corto, Wolf.

—Llegaré antes de media hora, Gale.

Corté la comunicación y me lancé hacia el cuarto de baño.

Al término del plazo prefijado, entré en el local donde me aguardaba la muchacha.

Gale vestía ahora con mayor discreción. Le convenía pasar inadvertida. El único detalle un poco significativo era su larga cabellera, que le pendía suelta casi hasta mitad de su bella espalda, ahora cubierta por el vestido.

Gale tenía puestas las gafas de color. Me senté frente a ella y pedí una taza de café.

—Habla —dije, cuando nos quedamos solos.

—Continúa en el ático —dijo Gale—. Estuve siguiéndole anoche durante largas horas. Creo que sospechaba que era perseguido.

—Es lógico. ¿Qué más?

—Cuando lo localicé definitivamente, te llamé a casa. No estabas y no podía avisarte para que usaras la clave 15-A.

—Comprendo. ¿Quieres saber dónde estuve?

—Cuéntame, por favor.

—¿Has leídos los periódicos?

—Hasta el último anuncio —sonrió Gale.

—Entonces ya sabes lo que ha pasado en casa de los Owling.

—Por supuesto. ¡Menudo escándalo! Pero... ¿cómo apareció...?

—Lo llevé yo, Gale.

Ella me miró con ojos desorbitados.

—¿Tú?

—Sí, yo mismo.

Le conté lo que me había sucedido. Al terminar, Gale me miró muy preocupada.

—No comprendo por qué una simple descarga paralizante puede hacerles perder su forma humano-terrestre —dijo.

—Creo que hay una explicación —contesté.

—Bien, habla, Wolf.

—Desconocemos todavía quiénes son los invasores y de dónde vienen —dije—. Una cosa está fuera de toda duda: su forma original no es la nuestra. Posiblemente, mantienen esta apariencia mediante una especie de tensión mental, que no pueden relajar en absoluto, al menos en grandes proporciones.

—Es decir que ellos pueden hablar, correr, saltar, en fin, portarse como auténticos terrestres, todo ello sin detrimento de su apariencia. La vigilancia mental sobre su cáscara no sufre apenas relajación.

—Así pienso yo —dije—. Pero una descarga paralizante no es sino una descarga hipnótica a fin de cuentas. En tal caso, el sujeto realiza una total inhibición de su mente y...

—Y si se trata de un invasor, la cáscara se hace trizas.

—Justamente.

Gale se pellizcó el labio inferior.

—Me pregunto cómo vamos a interrogarle —me dijo—. Yo contaba con la descarga paralizante para reducirle... pero si va a estallar y morir, nuestros esfuerzos habrán sido en vano.

—Eso mismo pienso yo —concordé, no menos preocupado que Gale.

—Pero es extraño. ¿Por qué murió? Aun en su forma original, tendría que seguir paralizado simplemente, Wolf.

—Lo ignoro —respondí—. Quizá la súbita liberación de la tensión mental que mantienen les produce un shock demasiado fuerte, un trauma psicofísico que no son capaces de resistir. O quizá quedó solamente desvanecido y luego murió asfixiado en nuestra atmósfera.

—Una explicación muy lógica —admitió Gale—. Wolf, ¿qué hacemos? Lo tenemos localizado y... ¿vamos a dejarle que siga actuando?

—Espera —rogué—, déjame pensar un momento.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en los labios.

Gale estiró su mano hacia mí.

—Wolf.

—Dime, preciosa.

—¿No... te hará daño el tabaco?

Me eché a reír.

—Estoy habituado ya —contesté—. No te preocupes. —Levanté la mano y la camarera se acercó —. Otra taza de café, por favor.

—Que sean dos —añadió Gale.

—Sí, señorita.

La camarera se alejó. Entonces me fijé en que llevaba el pelo sujeto con una ostentosa redecilla de hilos de plata.

—Ya está —murmuré en voz baja.

Gale se inclinó hacia mí.

—¿Has encontrado la solución? —pregunto ávidamente.

—Sí. Escucha, ahora cuanto tome el café, saldré unos minutos, pero volveré lo antes que pueda. Tú espera aquí y continúa vigilando.

— Sí, Wolf.

—Dejaremos conectada la clave 15-A, pero en blanco, sin emplearla, a menos que sea absolutamente necesaria.

Ella sonrió.

—Está conectada ya, Wolf —y agregó-: Te admiro; había oído hablar de ti y de tus numerosas hazañas como agente del Servicio de

Infiltraciones, pero todo queda pálido ante la realidad. Me siento orgullosa de trabajar a tu lado, Diez.

—Conseguirás que me ruborice, preciosa —contesté.

—Soy sincera —dijo, y en aquel momento volvió la camarera.

Tomé mi café rápidamente. Luego deposité unas monedas sobre la mesa.

—Aguárdame —dije.

—Descuida, Wolf.

Salí del café. Media hora más tarde, volvía con un maletín en la mano.,

—Me ha costado más de lo que yo creía —dije—. ¿Vamos?

—Andando.

Gale se puso en pie y se colgó de mi brazo.

—Me siento muy dichosa —dijo.

—Si sigues así, tendré que pedir tu mano.

—No lo hagas o te tomaré la palabra —rió ella, en el momento de cruzar el umbral de la puerta.

## CAPÍTULO VIII

Minutos más tarde, nos deteníamos ante la entrada al ático que ocupaba el hombre que se hacía llamar Alfred Colbins y que no era sino uno de los invasores que pretendían conquistar nuestro planeta.

Abrí el maletín. Gale ya sabía lo que iba a hacer. Cuando me vio dispuesto, llamó a la puerta.

Aguardamos unos segundos. Yo me situé a un lado, a fin de no ser visto sino hasta el último instante.

Colbins abrió la puerta. No me extrañó demasiado verle con una apariencia física semejante a la del tipo que había querido matarme, aunque con un rostro distinto.

Parecía como si todos los invasores hubiesen de adoptar, al emplear la forma humana-terrestre, un aspecto similar. Sin duda, se debía a su otro cuerpo, que no les permitía tomar una apariencia demasiado diferenciada.

—¿Señor Colbins? —dijo Gale.

—Sí, yo mismo. ¿Qué desea, señorita?

—Verá, señor Colbins…

En aquel momento, aparecí yo con una red en las manos y se la arrojé encima.

Colbins lanzó un rugido de ira y trató de contraatacar, pero la red embarazaba sus movimientos.

—¡Adentro con él! —dije.

Le empujamos fuertemente. Colbins cayó al suelo.

Gale cerró la puerta. Era preciso impedir que la pelea trascendiera al exterior.

Colbins era un hombre de fuerzas hercúleas. La red, a pesar de la finura de sus mallas, era sólida, pero él la rasgó como si estuviese hecha de simple hilo de coser. Sus manos asomaron amenazadoramente por las aberturas que había hecho.

—Cuidado, Wolf —advirtió Gale.

—No hay cuidado —dije.

Ya tenía la pistola en la mano.

—Colbins, ¿prefiere recibir una descarga paralizante o atómica? En ambos casos, el resultado es uno solo —advertí.

El invasor se quedó quieto, todavía en el suelo. Parte de la red le seguía cubriendo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Ella es Gale Adams. Yo me llamo Wolf Bell. Ambos pertenecemos al Servicio de Infiltraciones… y usted es un infiltrado en nuestro planeta.

—¡Este planeta nos pertenece! —aulló Colbins.

—Su opinión disiente de la nuestra —contesté amablemente—.

Los únicos que podemos hablar de «ius soli» aquí somos nosotros, señor Colbins.

—¿«Ius soli»? —dijo Gale, extrañada—. ¿Qué significa eso?

—Derecho del suelo… literalmente. En una más amplia acepción, significa ser ciudadano de un país por haber nacido en él.

Colbins me dirigió una mirada maligna.

—Aunque hayan nacido aquí, el planeta acabará siendo nuestro —declaró orgullosamente.

Me retiré un paso.

—Voy a dejar que se ponga en pie —manifesté—. Pero si cree que no estoy dispuesto a tirar contra usted a la menor señal sospechosa, se equivoca de medio a medio.

—Está bien —rezongó—. ¿Qué quieren de mí?

—Levántese primero —ordené.

Colbins lanzó la red a un lado y se incorporó. Pasé la pistola a Gale.

—Apúntale en todo momento —ordené—. Voy a registrarle.

—Está bien, Wolf.

—Vuélvase de cara a la pared —ordené.

Colbins obedeció, bramando de ira. Apoyó las manos en el muro y se dejó registrar mansamente.

Salvo una pistola colapsadora, no llevaba encima nada que pudiera interesarnos. Sus documentos y objetos personales eran los de un ciudadano común y corriente, aunque, eso sí, con bastante dinero.

—Siéntese —ordené luego, señalándole un diván.

Colbins se fue hacia el lugar indicado. Yo me situé frente a él. Gale estaba a un lado, con la pistola dirigida rectamente a su cuerpo.

Me incliné hacia él.

—¿De dónde vienen ustedes? —pregunté.

Colbins apretó los labios.

—No diré nada —respondió.

Repetí la pregunta. Obtuve la misma respuesta.

—No conseguirás nada, Wolf —dijo Gale.

Ella tenía razón. Colbins parecía dispuesto a resistir.

—Tengo una idea —dije.

—¿Sí? —murmuró Gale.

Me separé unos pasos. Ella no dejaba de apuntarle con la pistola.

—Nos lo llevaremos al lugar donde tengo el transmisor grande de materia y lo enviaremos a la Jefatura del Servicio de Infiltraciones. Allí poseen muchísimos más medios que nosotros y podrán obtener buenas informaciones.

—Excelente idea, Diez —aprobó Gale.

—Gracias, Veintidós. Dame la pistola.

Colbins nos contemplaba aprensivamente.

—Póngase en pie —ordené.

—¿Qué quieren ahora?—preguntó.

—Va a venirse con nosotros de grado —dije—. Si lo prefiere, nos lo llevaremos a la fuerza. ¿Cuál es la elección?

—Iré con ustedes —respondió sin vacilar.

—Muy bien. Saldremos los tres juntos. Usted deberá observar una actitud enteramente normal. Si no lo hace...

Dejé la frase en suspenso. Quería que él se imaginase el resto.

—Me portaré bien —afirmó.

—Yo tendré preparada la pistola colapsadora —dijo Gale—. Guarda tú la tuya, Wolf.

Es preciso convenir que la chica era lista. Aunque, naturalmente, el S.I. no admite a tontos en sus filas.

Momentos después, entrábamos en mi coche. Gale y Colbins se sentaron en la parte posterior.

Arranqué en dirección al túnel bajo el Hudson. Después de que abandonamos la ciudad, continué en dirección Oeste.

Una hora después de haber cruzado el túnel, Gale dijo:

—Diez, parece que nos siguen.

Lancé una mirada al retrovisor. Un coche de color azul rodaba a la misma velocidad que nosotros.

—Lo comprobaré —dije.

Aceleré la marcha en treinta kilómetros más a la hora. El coche azul equiparó su velocidad con la nuestra.

—No hay duda —dije—; nos siguen.

—Eso significa que Colbins ha avisado a alguno de sus colaboradores —opinó Gale.

—Pero no tenía encima ningún transmisor de radio —alegué.

—Probablemente sean telépatas también, Wolf.

—Eso creo yo. Telépatas... y otras cosas más. Bien, voy a ver si me deshago del coche azul.

Muy pocos, incluso en el propio S.I., conocían las características de mi automóvil. Aparentemente, era de un tipo corriente, equipado con baterías eléctricas de último modelo, con autonomía para seiscientos kilómetros y velocidad máxima de doscientos diez a la hora.

El mío, sin embargo, podía correr casi el doble. Lenta pero seguramente, fui hundiendo el acelerador y empecé a pasar coches.

Entonces usé la clave 15-A.

—¿Gale?

—Dime, Wolf —me contestó ella por la misma clave.

—Es probable que nuestros perseguidores tengan captores de sonidos ultrasensibles. No quiero que nos interfieran nuestro diálogo.

—Entiendo. ¿Quieres algo?

—El coche azul es bueno. Yo podría despegarme de él, pero a la policía le extrañaría un auto a trescientos kilómetros a la hora.

—Desde luego.

—Pon tu pistola colapsadora en el cuello de Colbins. Oblígale a inclinarse. Inclínate tú también. Dejad libre la luneta posterior.

—De acuerdo.

El coche azul se mantenía tenazmente pegado a nuestros talones, íbamos ya a ciento sesenta a la hora, pero no era conveniente aumentar más la velocidad sin despertar las sospechas de las patrullas de carreteras.

Lancé una mirada al retrovisor. Allí estaba el coche azul.

—Ahora verás lo que es bueno —murmuré.

Un agente del Servicio de Infiltraciones debe estar preparado para cualquier eventualidad. Una de las más comunes es que sea seguido por alguien.

Sin dejar de conducir con la mano izquierda, saqué mi pistola y coloqué el indicador en «Perforación», la misma clase de descargas que había usado cuando los invasores se llevaban el cadáver del supuesto Owling. Luego alcé la mano y apunté hacia el retrovisor.

El espejo no era vidrio, sino metal muy pulimentado, especial para tales ocasiones. Apunté con todo cuidado y luego disparé.

La rueda delantera derecha del automóvil azul resultó perforada de rebote medio segundo después. El metal del retrovisor resistió perfectamente, aunque en la luneta posterior apareció un diminuto agujero en el acto.

El coche azul, lanzado a ciento sesenta kilómetros por hora, coleó unos instantes y luego, precipitándose contra una valla protectora, la hizo saltar en mil pedazos, después de lo cual se estrelló contra un campo labrado situado a veinte metros más abajo.

Una gran explosión se produjo instantáneamente.

Las llamas y el humo del incendio quedaron rápidamente muy atrás.

Gale se incorporó en el asiento.

—Un buen truco, Diez —alabó.

—No hay que descuidar las precauciones en ningún momento —contesté sonriendo.

Colbins estaba devorado por la rabia. Su petición mental de ayuda a sus colaboradores no le había servido para nada.

Media hora más tarde, me desvié de la autopista y entramos por un camino vecinal, que ascendía serpenteando por la falda de una loma alargada. A los trescientos metros, describí un semicírculo y me detuve justo frente a la puerta de lo que parecía una cabaña de recreo.

—Final de trayecto —anuncié.

Saltamos al suelo. Colbins aparecía serio, concentrado. Indiqué con la pistola la puerta de la cabaña.

—¡Adentro! —ordené, a la vez que entregaba la llave a Gale.

La pared posterior de la cabaña estaba literalmente pegada a la ladera. Atravesamos el salón y pasamos a un dormitorio de estilo colonial.

Había un armario ropero. Un mecanismo oculto lo hizo girar silenciosamente, dejando al descubierto un negro hueco, que dejó de serlo apenas presioné el interruptor de la luz.

Gale lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es fantástico! —dijo—. ¡Parece la cueva de las mil maravillas, Wolf!

—Un poco menos —confesé modestamente—. Como puedes ver, aquí es donde recibí las piezas que me sirvieron para armar el platillo volante. Todas venían ya numeradas y no tuve que hacer sino ensamblarlas mediante los pernos de unión automática.

—Entiendo —dijo la muchacha.

Colbins entró con nosotros.

—¿Qué van a hacer ahora conmigo? —preguntó.

—Lo sabrá en seguida —respondí.

La cueva era amplia y estaba llena de aparatos e instrumentos capaces de enloquecer a cualquiera. Por supuesto, no se entra en el Servicio de Infiltraciones siendo un analfabeto técnico.

El transmisor que había allí era de un tamaño cuádruple del que tenía en mi casa. En el centro disponía de un hueco de tres metros de altura por dos de ancho y otro tanto de profundidad. Una puerta de material transparente cerraba aquel hueco.

Empujé a Colbins hacia el hueco y cerré la puerta. Colbins la aporreó con los puños, pero todo resultó estéril.

—Gale, siéntate y despacha un mensaje. Di que tenemos un prisionero y que se lo enviamos para interrogatorio. Adviérteles su posible cambio de morfología; que estén prevenidos para ello y que tengan mucho cuidado con su medio respirable.

—Sí, entendido.

Yo me acerqué al cuadro de mandos del transmisor. En cuestión de segundos, Colbins sería trasladado a enorme distancia de aquel lugar.

Empecé a repasar los controles. Gale tecleaba ya en la máquina de escribir.

De pronto, escuché un ruido seco. Volví la cabeza.

Gale también se sintió atraída por el ruido. Dejó de teclear y miró hacia el hueco donde estaba Colbins.

Un agudo grito se escapó inmediatamente de sus labios.

—¡Wolf, mira! ¡Está recobrando su forma original!

## CAPÍTULO IX

Los pedazos de la envoltura humana de Colbins caían al suelo con ruido de cacharros rotos. Su verdadera figura asomaba ya por entre los ropajes terrestres, que saltaban a pedazos.

No tenía ojos, o al menos no se le veían, pero, aun dentro de aquella jaula herméticamente cerrada, todo su ser emanaba un aura demoníaca, que nos hacía sentir una extraña angustia. En cuestión de segundos Colbins recobró su verdadera figura.

Entonces se lanzó contra la puerta transparente. No sé si era su masa o poseía una fuerza descomunal.

La puerta podía resistir impunemente el impacto de un ariete. Colbins, el invasor, mejor dicho, la hizo saltar en mil pedazos, con un estrépito horroroso.

Disparé una vez. La precipitación me hizo fallar el tiro.

Gale, valerosamente, intentó cerrarle el paso. El ser la empujó sin hacer apenas esfuerzo. Ella salió rebotada con violencia, chocó contra un muro y cayó al suelo desmayada.

Me tiré contra el invasor. Algo me golpeó en el estómago con la fuerza de un martinete. Di una voltereta en el aire y rodé sobre el pavimento.

El invasor siguió su camino. No se molestó en abrir la puerta; sencillamente, se lanzaba contra los obstáculos y los atravesaba, después de destrozarlos.

Se oyó un enorme crujido cuando el armario voló en astillas. Luego escuché el ruido que hacía al romper la puerta exterior.

Eché a correr. Mi marcha se vio dificultada por el hecho de que había recibido un golpe en la pierna derecha y cojeaba.

Cuando llegué al exterior de la cabaña, el invasor había desaparecido por los campos circundantes.

Guardé la pistola, sintiéndome despechado. A pesar de todas nuestras precauciones, Colbins o como quiera que se llamase, había conseguido evadirse.

Regresé al interior de la cueva. Gale empezaba a agitarse en aquellos momentos.

—Wolf, ¿qué ha pasado? —preguntó con voz débil.

Me incliné hacia ella y la levanté en mis brazos.

—Colbins ha conseguido escapar —dije.

—¡Oh! —gimió ella.

La transporté hasta un diván de la sala, en donde la deposité. Luego busqué una botella y dos copas.

—Hemos fracasado —dijo Gale amargamente.

—No —contesté, después de un buen trago de licor—; el fracaso es sólo relativo. Este incidente nos ha servido para adquirir

nuevas experiencias acerca de los invasores. Ahora ya sabemos que, en su primitiva figura, poseen la fuerza de tres o cuatro hombres. En lo sucesivo, podremos combatirles mejor.

—Si es que conseguimos capturar a otro —dijo Gale.

—Lo conseguiremos —afirmé. Deposité el vaso sobre una mesita cercana—. ¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Mejor. Pareció como si me hubiese coceado una mula —dijo ella, sonriendo avergonzada.

—Sí, es preciso reconocer que nos burló como quiso. Bueno, voy a transmitir el informe de lo sucedido.

Regresé a la cueva. El suelo estaba lleno de fragmentos de la puerta. Ello me hizo torcer el gesto. Fabricar una puerta nueva no iba a resultar fácil.

Revisé el aparato. No había sufrido más daños. En el hueco de la cámara transmisora, vi trozos de una sustancia que parecía carne humana. Aparté la vista con gesto de repugnancia.

Gale entró en aquel momento y vio también los restos de la cáscara de Colbins.

—¡Qué horror! —exclamó.

Pero luego se sobrepuso y dijo:

—Voy a ver si encuentro una escoba, una pala y un cubo. Hay que sacar de aquí esa porquería.

—La enterraremos afuera —dije.

Gale se dirigió a la cocina y volvió a poco con los trastos de la limpieza. Yo me había sentado ya ante el teclado de la máquina de escribir.

De pronto, Gale lanzó una exclamación.

—¡No!

Me volví hacia ella.

—No... ¿qué significa esa negación, Gale?

Ella me miró con ojos brillantes.

—Muy sencillo, Diez —agregó—. Que no voy a recoger los restos de la cáscara de Colbins.

—¿Por qué? No son agradables de ver...

—Fíjate bien —dijo ella excitadamente—. Colbins ha huido..., pero en su forma original. No puede ir muy lejos tal como es ahora; en su aspecto primitivo, la gente se horrorizaría de él, intervendría la policía y...

—¿Estás tratando de sugerirme que regresará a buscar su cáscara? —pregunté.

—Justamente, Wolf.

Gale se inclinó y recogió la cara de Colbins. Con ella en la mano me miró y dijo:

—Un cuerpo humano, para ellos, supongo, puede ser

fácilmente reconstruido. Pero ¿les resultará tan fácil reconstruir el rostro de Colbins?

Me acaricié la mandíbula con gesto pensativo.

—¿Y si ha muerto ya? La atmósfera del planeta puede resultarle nociva, recuérdalo.

—No lo sabemos con exactitud —dijo Gale—. Aquel invasor murió, pero fue quizá porque no pudo soportar el choque de la pistola paralizante. Colbins ha desaparecido, tú mismo lo has dicho. Eso significa que puede vivir en nuestra atmósfera.

—¡Huir! —dudé—. Quizás ha podido contener la respiración durante un minuto, lo justo para desaparecer de mi vista...

—¿Por qué no sales a explorar los alrededores de la cabaña? —sugirió ella.

—Muy bien. Sigue aquí; envía el mensaje y yo investigaré por las inmediaciones.

Abandoné la cabaña y empecé a explorar la ladera de la colina. Había abundancia de vegetación, árboles y matorrales. Un ser, humano o no, podía esconderse fácilmente por aquellos parajes.

Al cabo de una hora, regresé a la cabaña. No había hallado el menor rastro de Colbins.

Cuando avistaba la cabaña, oí un ruido de motor por encima de mi cabeza. Inmediatamente, me tiré al suelo bajo unos arbustos.

Un helicóptero descendió de las alturas y se posó en la explanada. Dos hombres saltaron al suelo apenas cesó el movimiento de las paletas del rotor. Inmediatamente, se dirigieron hacia la casa.

Temblé por Gale. Si la sorprendían...

Indudablemente, los invasores sabían reaccionar con rapidez. Era fácil adivinar que Colbins había enviado un mensaje telepático. Dos de sus ayudantes habían acudido en el acto para recobrar su cáscara y ponérsela de nuevo.

¿Acaso no podían fabricársela por sí?, me pregunté.

Una raza de tantos poderes, ¿estaba sujeta a semejantes limitaciones?

Corrí hacia la cabaña, pistola en mano. Me acerqué a la puerta y oí un rápido parloteo.

—Démonos prisa —dijo uno de los invasores—; ellos pueden volver en cualquier momento.

Respiré aliviado. Gale no estaba en la cabaña.

Retrocedí lentamente, hasta ocultarme detrás de una de las esquinas. Mientras lo hacía, puse el indicador de la pistola en «Detección».

Los invasores salieron segundos más tarde. Uno de ellos era portador de un saquete de no demasiado volumen.

Gale tenía razón; a Colbins no le interesaba recobrar más que

su cara humana.

Apunté al cuello de uno de los invasores y le disparé un dardo detector. El tipo se pegó un manotazo en la nuca, pero no por ello dejó de correr.

Instantes más tarde, el helicóptero alzaba el vuelo.

Esperé hasta que se hubo perdido de vista. Entonces abandoné mi escondite.

Gale salió por la otra esquina.

—¡Wolf!

—Hola —dije—. ¿Has visto?

—Sí. Oí el ruido del motor y escapé por una ventana lateral —explicó ella—. ¿Invasores?

—En efecto. Tenías razón; a Colbins le interesa recobrar su rostro.

—Pero sabe que nosotros podemos reconocerle —objetó Gale.

—Tal vez confía en hacernos perder su pista —dije.

Ella asintió desanimadamente.

—Y la hemos perdido —exclamó.

—No, no la hemos perdido.

Gale me miró asombrada. Me toqué el lado izquierdo del pecho, donde tenía la pistola ya enfundada.

—Hay un proyectil detector en la cara de Colbins —dije.

—¡Wolf! —exclamó ella alegremente—. Pero… ¡eres fantástico! ¡La realidad supera a la ficción!

—¿Qué ficción? —preguntó extrañada.

—Bueno, me refiero a los relatos de tus hazañas como agente secreto del S.I. Eres mejor de lo que se dice.

—No, un poco zorro nada más. —miré hacia la cabaña—. Hay que arreglar esa puerta —dije.

—Tendríamos que marcharnos cuanto antes —alegó ella.

—Ahí dentro hay muchos aparatos que no pueden permanecer a disposición del primer vagabundo que se le ocurra pasar por estos parajes. No te preocupes; podremos localizar a Colbins cuando queramos.

Ella asintió.

—Sin embargo, me preocupa su cara —dijo—. ¿Por qué llevarse la cara solamente, si sabe que lo reconoceremos en seguida?

—Quizá tiene que tratar con alguien que desconoce su verdadera identidad y no puede presentarse con otras facciones distintas. En cuanto a nosotros, si ahora pasara entre una multitud, con bigote y unas gafas oscuras, ¿serías capaz de reconocerle?

Gale suspiró.

—Evidentemente, no. Pero podremos localizarle cuando nos interese.

—Razón por la cual nos vamos a quedar para reparar los desperfectos —dije, echando a andar hacia la cabaña.

* * *

Cuando llegamos a la ciudad, era ya de noche.

Lo primero que hicimos fue meternos en un restaurante. Gale llevaba puestas las gafas detectoras, pero no había captado hasta el momento ningún eco.

—¿Nos habrá jugado una mala pasada? —dijo, mientras tomábamos la sopa.

—¿Qué mala pasada? —pregunté.

—La cara no quedó en muy buenas condiciones después de que él la expulsó. Imagínate que sólo la quería para reproducirla y que luego la ha incinerado.

Aquella posibilidad me dio frío.

—Entonces, hemos perdido el tiempo —murmuré.

—No del todo, Wolf.

Miré a Gale con interés.

—Explícate, Veintidós —rogué.

—Después de cenar, iremos al ático y nos instalaremos allí. Es la residencia de Colbins... y, no lo olvides, Colbins es un ciudadano de cierta importancia. Tarde o temprano, regresará a su casa, si no lo ha hecho ya. Entonces, volveremos a vernos las caras, Wolf.

Lancé una sonrisa.

—Dadas las circunstancias, esa frase es completamente ajustada a la realidad —dije.

# CAPÍTULO X

El ático de Colbins sufrió un registro tan concienzudo como inútil. Si guardaba allí documentos o los tenía muy bien escondidos o se los había llevado ya. El proceso de reparar los destrozos de mi cabaña me había causado un trastorno notable.

Pero no podía dejarla abierta de par en par. Hubiera sido una terrible imprudencia… y un agente secreto del S.I. no las comete, al menos, voluntariamente.

El ático de Colbins estaba muy bien amueblado. Lo único que pudimos sacar en claro era que tenía una oficina de bienes raíces en Wall Street. Era un medio de vida lógico en un invasor de categoría.

Las horas empezaron a pasar. Gale acabó por dormirse. Yo, sentado en un sillón, la imité a poco.

No sé qué hora era cuando, de pronto, oí ruido de llaves en la cerradura. Inmediatamente me despabilé.

—Gale —dije, tocándola en un hombro.

Ella se despertó en el acto.

—Viene alguien —dije—. Escóndete tras el diván.

Gale obedeció en el acto. La puerta terminó de abrirse y un sujeto entró en el departamento.

Era un hombre joven, alto y fornido. Se sorprendió mucho al ver a un intruso en un lugar que, evidentemente, había esperado hallar vacío.

—¿Qué hace usted en esta casa? —preguntó hostilmente.

—¿No cree que yo podría decirle a usted lo mismo? —contesté.

Hubo una pausa de silencio. De súbito, el recién llegado, con movimiento fulminante, que incluso a mí me sorprendió, sacó una pistola y apretó el gatillo.

Me eché a un lado, pero, aun así, no anduve lo suficientemente listo y el impacto del pesado proyectil en el hombro izquierdo me hizo dar una vuelta en redondo. Caí de bruces, pero me revolví y saqué la pistola.

El intruso se disponía a rematarme. Apreté el gatillo y le solté una descarga paralizante.

Cayó fulminado. Entonces, haciendo un esfuerzo, me senté en el suelo.

—Gale —llamé.

Ella abandonaba ya el diván. Corrió a mi lado y separó mi mano del hombro. La sangre fluía abundantemente.

—Una fea herida —dijo.

—Sí —admití, haciendo una mueca. Estaba viendo las estrellas.

Era una chica valerosa. Incorporándose, fue hacia su bolso y extrajo del mismo un tubo de celulina hemostática.

—¿Puedes quitarte las ropas? —preguntó.

—Lo intentaré.

De nuevo se arrodilló a mi lado. Me ayudó a dejar la herida al descubierto. Entonces, destapó el tubo y extendió por el orificio de entrada una abundante capa de la medicina. Luego hizo lo mismo con el orificio de salida.

—Mueve el brazo —indicó.

Así lo hice, aunque ello me costó un ramalazo de dolor.

—No tienes ningún hueso interesado —sonrió—. La celulina ha contenido ya la hemorragia. Pronto empezará a regenerar las células destruidas.

—Eres una chica prevenida —alabé.

—Cuando se está en campaña, es preciso no descuidar ninguna precaución. Lo único que no tengo es plasma para reponer la sangre perdida.

Hice una mueca.

—Lo sustituiré con un buen trago. Haz el favor de traerme primero una toalla; estoy manchado como un actor de cine en una película de vaqueros.

Gale sonrió.

—Tienes un ánimo excelente —dijo—. Me gusta.

El medicamento, además de sus virtudes, contenía también un calmante que alivió mis dolores en el acto. Las piernas, sin embargo, estaban todavía un poco flojas. Un impacto de bala del calibre 45 no es ninguna tontería.

Menos mal que en el S.I. disponemos de buenos científicos. La celulina es uno de sus más preciados descubrimientos.

Gale limpió la sangre que embadurnaba mi torso. Luego hice un esfuerzo y me puse en pie. Una copa me entonó notablemente.

El sujeto continuaba en el suelo. Los efectos de la descarga paralizante duraban una hora o más.

—Convendría reactivarlo —sugirió Gale.

—Sí, pero regístrale primero —indiqué.

Ella obedeció. Momentos después, tenía en las manos una serie de objetos, entre los cuales figuraba la documentación a nombre de Perry Goffino.

Una navaja de hoja descomunal figuraba también en su arsenal. Los demás objetos carecían de importancia; son las cosas que un hombre lleva siempre en los bolsillos.

Una vez hubo concluido el registro, puse la pistola en «Reactivación» y desperté a Goffino. El tipo se sentó en el suelo con expresión atónita.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

—La chica le disparó un chorro de gas narcótico —mentí. ¡No

iba a darle explicaciones acerca de mi multipistola, claro.

—Un buen truco —masculló el sujeto—. Bien, supongo que ahora querrán interrogarme.

—Es lo que sucede cuando se captura a un prisionero —contesté amablemente.

—No hablaré —dijo Goffino.

—Tenemos medios para conseguirlo —aseguré.

Goffino sonrió desdeñosamente.

—Soy muy duro —contestó.

—Bueno, probaremos...

Gale me hizo entonces una seña disimulada. Comprendí que quería usar la clave 15-A y contesté moviendo la cabeza afirmativamente.

—Se te ha ocurrido una idea —dijo.

—Sí. Goffino no es sino un mensajero... y terrestre, además. De lo contrario, no seguiría con su misma forma.

—Eso es verdad —reconocí.

—Presumo que ha venido aquí por mandato de Colbins. Tengo la impresión de que no es sino un pistolero alquilón.

—Puede que sea verdad —admití—. ¿Qué más?

—Si trabaja por dinero, ofrécele más que Colbins.

Volví los ojos hacia Gale, admirado.

—Oye, ¿sabes que eres una chica muy inteligente? A mí no se me hubiera ocurrido una idea semejante, créeme.

—A algunas personas basta mirarlas a la cara para saber de qué pie cojean. Anda, empieza ya.

—De acuerdo.

Me acerqué a Goffino de nuevo.

—Te ha enviado el dueño del piso —aseguré.

El pistolero fijó su vista en el techo.

—¡La... la... laralá...! —canturreó despectivamente.

Le asesté un tremendo puñetazo que lo derribó por tierra malparado. Su sonrisa de desdén se borró en el acto.

—¡Wolf! —dijo Gale—. Eso no es lo que yo te indiqué...

—Es que estoy empleando el procedimiento hiel-azúcar. Cuando a una persona le dan hiel primero y luego le ofrecen azúcar, ¿qué elige?

—Comprendo.

Goffino estaba frotándose la mandíbula con aire desanimado.

—No hablaré —insistió.

Saqué del bolsillo un enorme rollo de billetes.

—Tienes dos caminos —dije—. Una buena paliza o un par de miles. ¿Cuál de los dos caminos eliges?

Los ojos de Goffino brillaron con súbito interés.

—El tipo me pagó mil quinientos por venir aquí. Por quinientos cochinos dólares de más no le voy a traicionar —alegó desvergonzadamente.

—Está bien. ¿Tres mil?

—De acuerdo.

Goffino se puso en pie.

—No me dijo su nombre —recitó de carrerilla—. Simplemente, me dio las llaves del piso y me dijo que recogiera...

—¿Que recogieras? —dije ávidamente.

Goffino miró al suelo. El pavimento era de falso mármol, imitando un enlosado de grandes dimensiones.

Retrocedió hasta la puerta. Luego fue poniendo los pies sucesivamente losa por losa, hasta detenerse en la novena.

—Aquí es —dijo. Me miró interesadamente—. ¿La «pasta»?

Conté tres mil dólares y se los entregué. Entonces, Goffino dio tres taconazos en la losa, luego dos y cuatro finalmente. Acto seguido se separó a un lado.

La losa giró hacia arriba, dejando ver un hueco de unos treinta centímetros de largo por siete de anchura. En el hueco había un tubo metálico de, aproximadamente, las citadas dimensiones.

—Eso tengo que llevarle —dijo.

—¿Adónde?

—Debo hacer un paquete y enviarlo por correo, a lista, a nombre de Tad Branican. No sé más ni me interesa tampoco.

Consulté a Gale con la mirada.

—¿Qué hacemos?

Ella se arrodilló junto al hueco y examinó atentamente el cilindro metálico.

—Voy a examinarlo... —dijo, pero yo contuve su gesto.

—No lo toques. Puede ser una trampa.

—No lo creo —adujo ella.

—Espera.

Miré a mi alrededor. Había una chimenea cerca, con todos los implementos necesarios. Cogí las tenazas y saqué el tubo. A través de la herramienta noté un ligero hormigueo en los brazos.

—Está electrificado —dije.

—La trampa está para el que lo coge sin precauciones —explicó Gale—. Tú llevas suela de goma, pero, aun así, notas la descarga eléctrica. Si yo lo hubiera tocado estando arrodillada, habría muerto instantáneamente.

Miré a Goffino.

—¿Te dijo Branican que te pusieras calzado con suelas de goma? —pregunté.

—Sí —contestó el pistolero.

Deposité el tubo sobre una mesa. Luego me fui hacia Goffino y le arreé otro estacazo. Aprovechando su aturdimiento, le quité los tres mil dólares, más mil quinientos que llevaba en otro bolsillo.

—Sabías que podía ocurrimos algo y no hiciste nada para avisarnos —dije coléricamente—. Ahora lárgate y date por satisfecho con haber salvado la vida.

Goffino se levantó y huyó más que a la carrera. Gale dijo:

—Has hecho bien. ¿Examinamos el interior del tubo?

—Saca los aparatos de rayos X. Primero quiero ver lo que hay dentro.

Momentos después, sabíamos que el tubo contenía lo que parecían ser papeles, aunque, naturalmente, lo que había escrito en ellos no se reflejaba en la pantalla.

El tubo tenía una tapa que funcionaba a rosca. Un minuto después, tenía en la mano un puñado de papeles escritos en un idioma cuyos signos me resultaron absolutamente desconocidos.

—¿Entiendes tú algo, Gale? —pregunté.

—En absoluto. Jamás había visto una escritura semejante hasta este momento.

Reflexioné un momento. Luego llegué a una decisión.

Saqué del bolsillo de mi chaqueta algo que parecía un lápiz grueso, con una esferita brillante en el cabo. La esfera no era sino el objetivo de una microcámara.

—Procura tener los papeles lisos —indiqué a Gale.

—¿Vas a fotografiarlos?

—Sí. Se trata de escritura en clave. Ya la descifrarán en el Centro de Cifra del S.I.

Minutos después, había tomado una impresión fotográfica de cada uno de los papeles. Dejé el tubo tal corno estaba y luego me dispuse a preparar el envío para Branican.

—Lo echaremos al correo —dije— y vigilaremos la ventanilla de Lista. Así sabremos quién es y adonde va Branican.

—Buena idea —aprobó Gale. De pronto, exclamó—: Wolf, estoy dándome cuenta de una cosa.

—Dime, Veintidós.

—No oigo en absoluto las señales del detector.

—Se comprende fácilmente. Colbins quería su cara para reproducirla. Recuerda que estaba bastante averiada.

—Sí, desde luego.

—Una vez reproducida, la habrá quemado o algo por el estilo, ya te lo anticipé. El dardo detector habrá quedado destruido.

—Es una explicación muy sensata —concordó Gale—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, vámonos.

## CAPÍTULO XI

Pasarían veinticuatro horas antes de que el paquete estuviese listo para ser entregado a su destinatario. Yo me sentía enormemente cansado y todavía no me había repuesto por completo de los efectos del balazo. De modo que apenas envié las fotografías, me metí en la cama y a los pocos minutos dormía tranquilamente.

A media tarde me despertó el teléfono.

—Habla Bell —dije perezosamente.

—¿Estás durmiendo? —gruñó Harry Lingle.

—He trabajado hasta después del amanecer, preparando un discurso para Woorson. Te lo enviaré hoy mismo por correo.

—Preferiría que me lo dictases por teléfono. Yo lo recogería en cinta y así no tendríamos que esperar tanto tiempo.

—Está bien —dije.

—¿Cuál es el tema del discurso?

—Los invasores y la negativa rotunda a pactar con ellos. Woorson debe prometer que no sólo no pactará, sino que hará uso de la fuerza para expulsarlos del planeta. Después del hallazgo del invasor en casa de los Owling, pocos dudarán ya de la invasión.

—La gente estima que sólo se trata de un ejemplar aislado. No ofrece motivos de alarma, Wolf —me advirtió Lingle.

—Bueno, en todo caso, que lo prometa en hipótesis... quiero decir por si se produjera una eventualidad semejante.

—Eso ya está mejor. Ah, ¿sabes para qué te había llamado, Wolf?

—Tú dirás —respondí cortésmente.

—Mañana, Parr, nuestro rival, pronunciará un discurso. Parece ser que su tema será análogo.

—Entiendo.

—Me convendría que asistieras, Wolf.

—Iré, te lo aseguro.

—He hablado con Tad Branican y me ha dicho...

Agucé el oído.

—¿Branican? —exclamé—. ¿Le conoces, Harry?

—Sí, aunque somos rivales. Andy MacAlbert, el jefe de prensa de Parr, está indispuesto y Branican ocupa su lugar accidentalmente. Mañana estará en la conferencia, al lado de Parr.

—Entiendo —dije, sin mostrar ya más interés por el asunto.

—Bueno, empieza a dictar cuando quieras —me pidió Lingle.

Hablé durante largo rato. En realidad, no tenía preparado nada al respecto, pero soy sujeto de fértil imaginación y el discurso me salió bordado. De gran moderación, pero con gran energía en el fondo.

Lingle se entusiasmó.

—Se le puede aplicar la frase clásica: mano de hierro en guante de terciopelo, Wolf.

—Me alegro que te guste, Harry.

—Lo malo es que Parr dirá algo por el estilo.

—Déjalo de mi cuenta. A pesar de todo, su amistad con los Owling le perjudicará considerablemente. Y si los rechaza, perderá su principal sostén económico.

—Un duro dilema para él —dijo Lingle.

—Que no se hubiera metido en política —contesté secamente.

Colgué el teléfono. En aquel momento, sonó la campanilla de la puerta.

Gale entró segundos más tarde.

—Celebro verte en buen estado, Wolf —dijo.

—Estas horas de sueño me han sentado muy bien —contesté.

—¿Has recibido respuesta del S.I.?

—Todavía no, aunque he conectado la reproductora automática, para leer el mensaje caso de no estar presentes cuando lo envíen.

—Eso está bien. ¿Te hago algo de comida, Wolf?

La miré con simpatía.

—Parece ser que tienes más vocación de casada que de agente secreto —observé.

Ella suspiró.

—¡Qué mujer no siente vocación de esposa! —contestó, a la vez que se dirigía hacia la cocina.

Mientras cenábamos, le expliqué lo que me había dicho Lingle. Gale se asombró enormemente al saber que Branican pertenecía al estado mayor de la propaganda del otro candidato.

—Sin embargo —observó—, eso parece aclarar mucho las cosas.

—Mañana aumentará la claridad —prometí.

Después de cenar, establecimos el plan de acción.

—Ya no hace falta que vayamos a la oficina de correos, sabiendo que Branican estará presente en la conferencia. Además, es muy posible que envíe a otro tipo como Goffino para recoger el paquete; éste lo enviará a otra dirección y así sucesivamente, para hacer perder todo el rastro. Puesto que conocemos la posición de Branican para mañana, ya no necesitamos molestarnos en ese sentido.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Llevaremos los aparatos de rayos X. Mientras estemos en la conferencia, emplearemos la clave 15-A.

Gale hizo un signo de resignación.

—Llevaré también un tubo de aspirinas para después. Después de cada comunicación, me sobrevienen unas jaquecas imponentes.

—No resulta fácil acostumbrarse a usar ese sistema de transmisión —dije sonriendo.

—Tú llevas doce años usándolo —contestó ella—. En cambio yo, fuera de los entrenamientos, es la primera vez que lo hago en serio.

—Cuando termine esta misión, pediré que me releven de usar esa clave para siempre.

—Pídelo también para mí —rogó ella—. ¿Alguna indicación más, jefe?

—No. Actuaremos sobre el terreno y según las circunstancias. No te olvides seguir en un todo mis indicaciones.

—De acuerdo.

* * *

El discurso de Parr estaba señalado para las once de la mañana siguiente.

En realidad, era más bien una conferencia de prensa, a la cual, naturalmente, no faltarían los informadores gráficos, la radio y la televisión.

El acto se iba a celebrar en una sala de congresos del «Owling Memorial». Hasta entonces, se había llamado «Owling Building», pero el nuevo nombre le había sido impuesto después de la muerte del estudiante bromista.

Era un rascacielos de ciento cuarenta pisos de altura, propiedad de los Owling. La mayoría de los pisos estaban ocupados por oficinas de sus distintas empresas.

Lingle me envió dos invitaciones por un mensajero. La entrada, naturalmente, iba a ser muy restringida, teniendo en cuenta que la sala era capaz solamente para seiscientas personas. Los rivales en política temamos estas mutuas cortesías en circunstancias parecidas.

A las once menos cuarto, Gale y yo enseñamos nuestros pases al control de entrada, atendido por cuatro musculosos mozos, con un aspecto de guardaespaldas inconfundible. Pasamos a la sala y elegimos sendos asientos, situados a ambos lados del pasillo, cerca de la entrada.

No había aún mucha gente, salvo algunos informadores y los operarios de las distintas cadenas de Televisión. A poco, empezó a venir la gente.

Gale y yo examinábamos a todos los recién llegados. Los aparatos de rayos X funcionaban a la perfección.

A las once menos un minuto, sólo había dos invasores en la sala.

—Parecen muy seguros de sí mismos —dije, empleando la

clave 15-A.

—Si tienen a Branican colocado en tan buen sitio, no necesitan mucha más gente —contestó ella.

Un hombre recio y fornido entró en aquel momento. Tenía el pelo intensamente rubio, usaba gafas de color y su labio superior estaba ocultado por un frondoso mostacho de mosquetero.

Mi pantalla de rayos X detectó a un invasor. Su cara nos pareció conocida.

—Es Colbins —dije.

—Tenías razón. Unas gafas y un bigote hacen irreconocible a una persona.

—Sobre todo, si se tiñe el pelo, además...

Me callé; ya se oía un fuerte murmullo en el pasillo.

Parr apareció instantes más tarde, sonriente, animoso, soportando estoicamente los fogonazos de los fotógrafos y el acoso de los informadores. Varios tipos de su estado mayor le acompañaban y se esforzaban por abrirle paso.

El candidato era un sujeto recio y fornido, de unos ciento setenta y cinco centímetros de estatura. Branican, a su lado, tenía una apariencia semejante.

Aquello me hizo fruncir el ceño. Empezaba a sospechar la verdad.

Cuando Parr pasó por mi lado, fijé la vista en la pantalla de mi aparato de rayos X.

¡Era un invasor!

Me estremecí. El futuro presidente pertenecía a la raza extraña, procedente de Dios sabía que misterioso rincón de la Galaxia, que pretendía enseñorearse de nuestro planeta.

De Branican no me sorprendió en absoluto. Pero... Parr...

El tumulto se acalló a los pocos momentos. Parr ocupó su puesto en el estrado, rodeado de eminentes personajes de su partido. Branican quedó inmediatamente detrás.

El candidato inició su discurso:

—¡Amigos todos! —exclamó—. Más o menos, conocéis el tema de mi parlamento, lo cual no os ha impedido congregaros aquí para escucharme. Os lo agradezco.

»Sin embargo, antes de pasar adelante, quiero hacer una afirmación pública y solemne; una afirmación que, estoy seguro, hará también mi rival Woorson.

»Se habla estos días de una pretendida invasión de la Tierra. Personalmente, no creo en ella. Es cierto, sin embargo, que se ha producido un aterrizaje de una nave espacial y que se han hallado los restos de un ser extraterrestre. Pero ¿porque un chino llegue a San Francisco se puede hablar de una invasión del país por China?

Sonaron algunas risitas. Era evidente qué el candidato conocía bien el modo de captar la sensibilidad de las gentes.

—No obstante, añadiré —siguió Parr—, que, si en el caso de una remotísima invasión del país por unos seres extraterrestres, invasión que, estoy seguro de ello, no se ha de producir jamás, en el peor de los casos, insisto, yo mismo sería el primero de ordenar a las fuerzas armadas de la nación que combatiesen a los intrusos hasta el exterminio total.

Parr acentuó el párrafo con un teatral puñetazo sobre la mesa. Grandes aclamaciones acogieron sus palabras.

El público empezaba a caldearse. Era el momento adecuado para mi intervención. Los gritos y los aplausos atronaban la sala.

—Estoy lista —respondió ella.

Branican continuaba detrás del candidato. Yo podía ver la mitad izquierda de su cuerpo. La otra mitad quedaba oculta por la figura de Parr.

El candidato exclamó.

—¡No, jamás permitiremos que unos intrusos, procedentes del espacio, invadan nuestro país y nos sojuzguen como esclavos!

Y entonces fue cuando disparé una descarga paralizante contra el cuerpo de Tad Branican.

# CAPÍTULO XII

La descarga surtió sus efectos instantáneamente.

La paralización que provocaba afectaba tanto a la mente como al cuerpo. Entonces, la mente dejaba de ejercer su tensión sobre la envolvente carnal que aparentaba una figura humano-terrestre y el cuerpo espacial recobraba sus privilegios.

Branican desapareció y en su lugar surgió un ser informe, que se derrumbó a los pies del propio candidato. Se oyó el primer chillido de horror.

Los acompañantes de Parr huyeron espantados. Parr, es preciso reconocerlo, fue el único que mostró cierta serenidad.

En la sala, sin embargo, no todos se habían percatado de lo que acababa de ocurrir. El estrado y la mesa ocultaban buena parte de la visión.

Los asistentes a la conferencia guardaban un moderado silencio, no obstante algunos murmullos de desconcierto. Un hombre se puso en pie repentinamente y miró hacia atrás.

Colbins se había dado cuenta de lo que sucedía.

Buscó con la vista al autor del desaguisado, pero cuando lo encontró, era ya tarde.

Le envié la segunda descarga. Por segunda vez, Colbins perdió su cáscara y cayó, con su verdadera apariencia, en medio del pasillo, ante los ojos horrorizados de cuantos se hallaban en las inmediaciones.

Empezaron a sonar gritos de espanto. Abandoné mi silla y lancé un agudo alarido:

—¡Los marcianos están aquí!

Cuando lo dije, ya tenía en mi mano la de Gale. Echamos a correr; estábamos en las últimas filas y ganamos la puerta en un instante.

Los gorilas de control no sabían qué hacer. Reinaba una terrible confusión y todos se esforzaban por ganar la salida.

Gale y yo cruzamos el umbral de los primeros. Detrás de nosotros, una avalancha de gente histérica y empavorecida, corrió enloquecidamente, huyendo del ataque de los supuestos marcianos.

Muchos periodistas fueron arrollados o se vieron envueltos en la estampida. Algunos otros, más serenos, empezaron a tomar notas, mientras un par de reporteros gráficos se despachaban a gusto con sus cámaras.

Los hombres de televisión, situadas sus cámaras en lugares relativamente altos, continuaron la toma de escenas. El discurso era retransmitido en directo a través de una cadena comercial de televisión, la mayoría de cuyas acciones estaban en poder de la familia

Owling.

Millones de espectadores contemplaron la escena. Millones vieron a los dos supuestos marcianos con su verdadera figura.

Era el fin de las ilusiones políticas de Parr.

Porque, ¿quién iba a creer en sus promesas de combatir a los invasores, cuando uno de ellos figuraba en su estado mayor?

Gale y yo alcanzamos la calle, subimos a mi coche y nos alejamos de allí a la máxima velocidad permitida.

—Ha estado bien —dijo ella, momentos más tarde.

—La gente no cree en las cosas hasta que las ve. ¿Qué habría ganado yo gritando que Parr era un embustero… y un invasor?

—Tienes razón. Pero si es un invasor, ¿por que le has respetado la vida?

—¿Recuerdas que Bob Jones me dijo que había jefes de brigada y de división?

—Sí, perfectamente.

—Entonces yo le pregunté quién era, pues, el comandante supremo, dado que la suya tenía todo el aspecto de una organización paramilitar. Jones respondió que podría decírmelo, pero que no me serviría de nada en la tumba.

—En efecto, lo recuerdo.

—Pues bien, Parr es el comandante supremo.

Gale se quedó sin aliento.

—¿Lo crees así? —preguntó.

—Estoy seguro de ello, preciosa.

—¿Sólo porque ha sido nombrado candidato por su partido para la presidencia?

—Es lógico que el comandante supremo de los invasores ostente la jefatura de la nación que van a invadir, una vez se haya consumado esa invasión, ¿no te parece?

—A veces —dijo Gale pensativamente—, la jefatura suprema no es más que una fachada, detrás de la cual hay un estado mayor que dirige, coordina y dispone las actividades del jefe.

—Es posible, pero, en todo caso, nada se hace sin el consentimiento y visto bueno del jefe. Los invasores son tipos inteligentes; no pueden designar para jefe a un tonto. Su mentalidad es muy distinta de la nuestra; estoy seguro de que ellos no conciben un jefe sometido a las decisiones de un estado mayor o junta consultiva. El jefe… es el jefe, manda y se le obedece, eso es todo.

—Muy bien. —contestó Gale—. Acepto tu explicación. Parr es el comandante supremo de los invasores. ¿Por qué le has respetado la vida?

—Primero, para descartarle políticamente.

—¿Y segundo?

—En su calidad de comandante supremo de las fuerzas de invasión tiene que saber muchas cosas que los oficiales inferiores desconocen.

—Y tú quieres sonsacárselas.

—¡Naturalmente! —respondí—. De lo contrario, nuestra misión quedaría incompleta.

—Es verdad —dijo Gale—. ¿Piensas ir a su casa?

—Primero vamos a la nuestra. Quiero saber si se ha recibido ya la respuesta a las fotografías que le enviamos con las copias de los escritos que hallamos en casa de Colbins.

—Muy bien, vamos allá —aprobó la chica.

—Una cosa —añadí.

—Habla, Wolf.

—Hemos de tener el máximo cuidado a partir de este momento. Los invasores no son tontos, repito. Saben que nosotros les combatimos y que les hemos causado daños inmensos. Estoy seguro de que tratarán de eliminarnos.

—Lo tendré en cuenta —contestó ella, palmeando su bolso—. Si la pistola colapsadora mata a los terrestres, a ellos no les causará ningún beneficio, máxime teniendo en cuenta que viven bajo otra apariencia.

—Ojalá no tuviéramos que utilizarla —suspiré. Pero tendríamos que luchar mucho y muy duro antes de dar la misión por finalizada satisfactoriamente.

Poco después, llegábamos a mi casa.

Precavido, exploré el terreno antes de entrar. Mi detector termométrico no señaló presencia alguna de seres vivos en el interior del apartamento.

Apenas entramos, me dirigí al cuadro. La señal de «mensaje recibido» estaba encendida.

—Ya tenemos la respuesta —dije.

Gale y yo caminamos hasta el transmisor. Eché el armario a un lado y saqué el mensaje:

> **Clave TT/81-R-IV-I16. Recibidas fotografías. Documentos sin descifrar todavía. No obstante filólogos aseguran se trata de un lenguaje correspondiente a los sistemas II y XXVIII de Vega. Parece ser documentos se refieren a relaciones nombres y situaciones actuales. Continúan esfuerzos por investigar. Enviaremos resultados urgencia posible. Jefe 5/B.**

—¿Qué te parece, Gale? —dije, una vez terminada la lectura.

—Vega —murmuró ella—. Veintisiete años luz nos separan de esa estrella.

—Pero la medición de las distancias de una constelación es relativa. Se toma desde la Tierra… y puede haber estrellas y sistemas pertenecientes a la misma todavía a mayor distancia. Vistas desde aquí, todas nos parecen en el mismo plano, pero, en realidad, estrellas y planetas están situados en profundidad, en el espacio.

—Eso es cierto —convino ella—. De todas formas, es una buena distancia. ¿Cómo la habrán salvado?

—Deben de usar naves no sólo indetectables, sino también invisibles —contesté—. ¿Quieres cerrar? Voy a ver si hablo un momento por teléfono.

Mientras ella se ocupaba de dejar todo en orden, yo pasé a la sala y me puse en contacto con Lingle.

—¡Wolf! —exclamó mi jefe—. Esperaba tu llamada. ¿Dónde estabas?

—De camino hacia casa. ¿Viste el tumulto por la televisión?

—Con todo detalle —rió Lingle—. ¡Y mientras Parr decía que combatiría a los invasores, tenía a uno al lado… y otros más en la sala!

—Eso indica que uno no se puede fiar de la gente —dije, riendo también.

—Parr está acabado políticamente. Dirá que no lo sabía…, pero nadie le votará. Ni aunque se presentase para el cargo de basurero. Oye, Wolf, ¿sabías tú algo de esos invasores?

—No, por supuesto. El que sí debía de saber era el profesor Cuthbert y ya ves, está muerto.

—Es raro —murmuró Lingle—. Nunca hubiera creído una cosa semejante. Seres de otro planeta en la Tierra… Parece absurdo.

—Pudiste verlo tan bien como millones de espectadores. Oye, Lingle, quisiera introducir una modificación en el discurso.

—Dime, Wolf. ¿De qué se trata?

—Verás, Harry; si escuchaste a Parr, pudiste darte cuenta de que se mostró demasiado contundente y expeditivo, lleno de agresividad hacia los supuestos invasores. No proporcionó a su auditorio otra solución de recambio.

—¿Y qué solución quieres dar para un caso como éste? Si nos atacan, nos defendemos y en paz.

—Verás, escúchame; quiero que hagas ganar más votos a Woorson, pero, todavía más importante, la simpatía de las personas sensatas y que usan la cabeza para algo más que ponerse el sombrero. Aquí hay mucha fuerza intelectual, ¿comprendes?

—No, pero sigue. ¿Qué más, Wolf?

—Bueno, Woorson puede decir, efectivamente, que combatirá

a los invasores. Sin embargo, preferiría mucho mejor entablar contacto con ellos, conocerlos y ver de convivir todos pacíficamente; por supuesto, sin tolerar la menor intromisión en los asuntos del país. Admitirlos como se admite a cualquier extranjero, pero sin que se les permita dirigirnos en absoluto.

—Vamos, una especie de relaciones amistosas, mediante la vía diplomática.

—Algo por el estilo. Figúrate si lo consiguiéramos; relaciones con una raza extraterrestre, que es capaz de viajar a través del espacio y desde las estrellas. Emplea la conocida metáfora, hablar con el ramo de olivo en una mano, pero con la espada preparada en la otra.

—Entiendo, Wolf.

—Parr sólo enseñó la espada. De momento, agradó a la gente, pero cuando el público empiece a pensar, verá que es mejor nuestro plan: el ramo de olivo por delante. Si no lo aceptan...

—La espada a fondo, Wolf.

—Justamente, Harry.

—Una buena idea —aceptó Lingle—. Ahora mismo empezaré a hacer esos retoques en el discurso. ¿Qué habríamos hecho nosotros de no haber topado con un tipo tan brillante como tú?

—Pues... encontrar otro aún más brillante —dije, a la vez que soltaba una carcajada—. Adiós, Harry.

—Hasta la vista, Wolf.

Colgué el teléfono. Gale me contemplaba desde la puerta de la sala, con expresión sonriente.

—Eres maquiavélico, Wolf —dijo.

—Me pagan por hacer cosas como ésta —respondí.

—El S.I. sabía a quién enviaba para esta misión —dijo Gale—. Estoy segura de que otro cualquiera habría fracasado rotundamente.

—Todavía no he triunfado —advertí, mientras me dirigía hacia el aparador de los licores.

Llené dos copas y le entregué una:

—¡Por el presidente Woorson! —brindé.

—¡Por el agente 10-2/R! —dijo ella, con ojos muy brillantes.

Bebimos. Dejé mi copa a un lado y puse mis manos sobre sus hombros.

—Gale, cuando todo haya terminado, tú y yo sostendremos una interesante conversación —dije.

Ella asintió con ligero parpadeo.

—Cuando quieras, Wolf —carraspeó un poco y luego preguntó—. ¿Cuándo actuamos de nuevo?

—Ahora... aunque no haremos sino realizar los preliminares de la operación que ejecutaremos a la noche.

—Y ¿en qué consisten los preliminares de la operación?

—Exploración del terreno. Es indispensable en toda estrategia, Gale.

—Entiendo. ¿Cuál es el terreno que vamos a explorar?

—La residencia de Parr. Está en uno de los sitios mejores de Long Island y lo haremos desde el aire.

—¿Un helicóptero?

—Exactamente —agarré su mano y tiré de ella—. Vamos, preciosa.

Salimos a la calle. Cuando cruzábamos la acera, vi venir un automóvil de color azul oscuro, grande, cerrado, lanzado a toda velocidad.

Me imaginé lo que iba a suceder y quise empujar a Gale para tirarla al suelo.

Era tarde ya. Una ametralladora tableteó rugidoramente. Gale gritó mientras se tambaleaba. Yo oí claramente el silbido de las balas y sus rebotes contra la pared que teníamos a nuestra espalda.

Todavía no sé cómo no me acribillaron los proyectiles de los invasores quienes, en esta ocasión, habían recurrido al más puro estilo «gángster» para acabar con nosotros. Ni siquiera una bala me tocó.

El coche se alejó. Yo me incliné sobre Gale. Cuando vi la sangre en su pecho, me sentí terriblemente abatido. No había un solo médico en la Tierra que pudiera curarla; no hay médico que pueda salvar a una persona que ha recibido en el corazón dos impactos de calibre cuarenta y cinco.

## CAPÍTULO XIII

Era de noche cuando me acerqué a la lujosa residencia que Parr tenía en una de las zonas residenciales más acreditadas de Long Island.

La casa era de dos plantas y estaba rodeada por un frondoso jardín. Naturalmente, había sistemas de alarma, pero yo los salvé todos.

Frente a la casa había un automóvil estacionado. La fachada tenía un pórtico de estilo neoclásico, alumbrado por un par de lámparas que emitían una luz harto discreta.

Me acerqué al coche y efectué determinadas manipulaciones en una de sus ruedas. Luego rodeé el edificio y busqué una ventana sin iluminar en la planta baja.

Instantes después, me hallaba en territorio enemigo. Una diminuta linterna me sirvió para cruzar la estancia sin necesidad de dar tropezones con los muebles.

Abrí ligeramente la puerta. La voz de Parr sonó a pocos metros de distancia.

—Voy a quedarme trabajando en mi despacho, Brownes —dijo. Brownes debía de ser el mayordomo, deduje—. Puede retirarse.

—Muy bien, señor, como ordene el señor.

Esperé todavía algunos minutos. Luego salí al vestíbulo, desierto en aquellos instantes.

Localicé el despacho de Parr memorizando el punto donde había oído su voz. Así el pomo y lo hice girar lentamente.

Parr estaba sentado ante su mesa de despacho, escribiendo algo. No había más iluminación que la que proporcionaba la lámpara situada sobre la mesa; el resto de la estancia quedaba sumido en la penumbra.

De pronto, Parr levantó el teléfono. Marcó un número y dijo:

—Habla el jefe.

Era una lástima que no me hubiese traído un detector inalámbrico; de este modo, habría podido escuchar lo que decía el otro invasor.

—Tome nota —siguió Parr—; reunión esta misma noche, en el lugar de costumbre, a las dos de la madrugada… Sí, eso es todo. Adiós.

Parr volvió el aparato a la horquilla. Entonces, empujé la puerta y penetré en el despacho.

—Hola, invasor — saludé quedamente.

Parr alzó la cabeza y me miró.

—Es usted Wolf Bell —dijo.

—¿Me conoce?

—Tengo fotografías suyas —explicó Parr sucintamente.

—Lo que significa que disponen de un buen servicio de información.

—En efecto, así es. ¿Tiene usted siete vidas, como los gatos? —preguntó.

—Ella no tenía más que una sola vida —respondí.

Parr hizo un gesto de lástima.

—¡Cuánto lo siento!

—Voy a hacerle pagar la muerte de mi colaboradora, Parr.

El invasor sonrió burlonamente.

—¿Piensa matarme? —preguntó.

—Sí, pero no sin antes saber qué lugar es ése donde se va a celebrar la reunión de su estado mayor de invasores —dije.

—¿Cómo piensa sonsacármelo? —preguntó.

Avancé dos pasos.

—Están perdidos, hombres de Vega —dije—. Ustedes ya no tienen nada que hacer en la Tierra. Un plan perfecto de invasión: el propio presidente sería un invasor. Naturalmente, colocaría a sus fieles en los puestos clave y…

Parr entrecerró los ojos.

—Sabe usted muchas cosas, Bell —dijo.

—Más de las que se cree —contesté.

—Es raro —murmuró—. Creíamos que nadie conocía nuestros planes. ¿A qué departamento pertenece usted? Comprenderá que, habiendo sido candidato a la presidencia, esté muy al tanto de los distintos departamentos de seguridad de la nación.

—Éste es tan secreto, que sólo lo conoce el presidente —respondí—. Su nombre es Servicio de Infiltraciones.

—¿Extraterrestres?

—De todo género —contesté intencionadamente.

—En efecto, no conocía el Servicio de Infiltraciones —manifestó Parr—. Supongo que Woorson, cuando sea elegido, se enterará de la noticia.

—Por supuesto.

Parr suspiró.

—Es una lástima que no sea de los nuestros —dijo—. Tengo que matarle, Bell.

—Antes, dígame dónde se va a reunir su estado mayor.

El invasor sonrió. Era una sonrisa que le había ganado muchos votos hasta entonces.

—Me jugó usted una buena trastada, señor Bell —dijo—. El descubrimiento de Branican y de Colbins causó mayores efectos que una simple acusación verbal.

—La gente, hoy día, sólo cree lo que ve —contesté.

—Tiene usted razón. —Juntó las yemas de los dedos y

preguntó—: ¿Cómo se le ocurrió investigar? Mejor dicho, ¿cómo se les ocurrió a sus jefes iniciar la investigación?

—El motivo fue el incidente de la Universidad, cuando el profesor Cuthbert mató a Bill Owling. ¿Lo recuerda usted?

—Perfectamente. Owling se propasó; tomaba su papel demasiado en serio. El verdadero Owling sabía contenerse de cuando en cuando. Lo que no consigo explicarme es cómo Cuthbert sabía que Owling era un invasor.

—Yo tampoco lo sé —respondí—. Pero me imagino que Owling ocupaba un puesto que no le correspondía... como usted mismo está haciendo en estos momentos.

Parr suspiró.

—Sí, era preciso ocupar el puesto del auténtico Parr —admitió —. Le consideramos el hombre ideal para la culminación de nuestros planes de invasión.

—¿Qué fue de ellos? —pregunté.

—Después de muertos, transportamos sus cuerpos al espacio. Adosamos unos diminutos cohetes a cada uno de los cadáveres y les hicimos tomar una órbita solar.

Hice un gesto de admiración.

—¡Un buen método para hacer desaparecer un cuerpo! —exclamé—. El Sol es el mejor horno incinerador que se conoce.

—Sí —admitió Parr tranquilamente—. Usted sabe que un cuerpo podría conservarse indefinidamente en el vacío sideral. La actividad astronáutica crece vertiginosamente y no podíamos correr el riesgo de que alguien hallase un día los cadáveres.

—Lo cual prueba una asombrosa fertilidad de imaginación —dije—. Bien, ¿dónde es el punto de reunión?

Parr me miró con expresión menos amable.

—¿Cree que se lo diré?

—Tengo medios para forzarle —indiqué.

—Pruebe —me desafió.

Hubo una pausa de silencio. Luego, lentamente, empecé a meter la mano en el interior de mi chaqueta.

Parr fue más rápido. Sacó una pistola colapsadora y disparó contra mí.

Caí de espaldas en el acto. Parr me miró burlonamente.

—¡Pobre idiota! —dijo—. ¿Creías que ibas a ganarme? Todavía no está todo perdido; aún podemos consumar la invasión.

Guardó el arma y abandonó la mesa. Luego me pegó un puntapié en el costado.

—¡Adiós, estúpido!

Y se dirigió hacia la salida.

Yo me levanté un minuto después, apenas escuché el rugido

del motor de su automóvil al arrancar. Parr era un hombre distinguido; todavía usaba los viejos modelos de gasolina. Los plebeyos empleábamos automóviles eléctricos.

Me froté el pecho. A pesar de la contraarma, la descarga colapsadora no tenía nada de agradable.

Pasé detrás de la mesa y examiné lo que había sobre ella.

Los documentos que podía ver tenían simplemente relación con su falsa personalidad. Parr era lo suficientemente listo como para no dejar a mano nada comprometedor.

Registré los cajones. Lo único que encontré fue un fragmento de mapa militar, escala 1/50.000, en donde había un punto marcado con un circulito rojo.

Un examen del mapa me dijo que se trataba de la ladera de una colina de unos doscientos cincuenta metros de altura, no lejos de la cual pasaba un camino secundario. Según las indicaciones del mapa, el lugar recibía el nombre de Geary Ridge.

Lo malo era que el mapa no estaba completo. Lo que tenía delante de mí no me permitía saber a qué región, comarca o estado pertenecía.

Ello tenía una fácil solución, la enciclopedia, cuyos numerosos volúmenes atiborraban toda una estantería del despacho.

De pronto, me fijé en un detalle.

Adosada al teléfono había una grabadora. Servía tanto para recibir mensajes como para emitirlos cuando alguien llamaba y el dueño de la casa no contestaba.

Manipulé en los mandos del aparato e hice retroceder la cinta. Luego la pasé de nuevo.

La voz de Parr sonó en el despacho, seguida de la de un interlocutor para mí desconocido.

»—Habla el jefe.

»—Número Doce, señor.

»—Tome nota, reunión esta misma noche en el lugar de costumbre, a las dos de la madrugada...

»—¿En Geary Ridge?

»—Sí, eso es todo. Adiós.»

Detuve la grabadora. La cinta no me había dicho mucho más de lo que ya sabía... excepto una cosa: Parr había cometido un grave descuido al dejarse el mapa olvidado en un cajón.

Me acerqué a la estantería. Busqué el tomo correspondiente a Geary Ridge y lo abrí.

Encontré lo que buscaba: Geary Ridge estaba situado a unos treinta kilómetros al N., en el mismo Long Island.

Devolví el tomo a la estantería. En aquel momento, escuché el ruido del motor de un coche en la explanada.

Corrí a dejar el mapa tal como estaba. Luego me tendí en el suelo, ocupando la misma posición en que me dejara Parr al marcharse.

Parr entró a poco y se dirigió en derechura a la mesa de despacho. Sacó el mapa y se lo echó al bolsillo.

Yo tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Aprecié que Parr me miraba fijamente y sentí un escalofrío.

¿Y si se le ocurría hacerme desaparecer de una descarga atómica?

—Lo mejor será que me lleve este fiambre —masculló al cabo, con no poco alivio por mi parte.

Cargó conmigo sin apenas esfuerzo. Era un hombre robusto, como todos los invasores. En su estado normal, su fuerza se triplicaba, cuando menos.

Momentos después, estábamos en la explanada. Parr se inclinó, levantó la tapa del portamaletas con una mano y luego me dejó caer en el interior.

Acto seguido bajó la tapa de golpe. Un pañuelo mío, doblado, impidió que se cerrara del todo.

El coche arrancó a los pocos instantes. Parr viró y se dirigió hacia la salida del parque.

Cuando cruzábamos la puerta, abrí la tapa del compartimento posterior y me dejé caer al suelo. No fue un golpe agradable, pero quería seguir con vida.

Sentado en el suelo, contemplé las luces rojas del auto de Parr.

—¡Adiós, invasor! —dije.

Veinte kilómetros más allá, cuando el automóvil de Parr rodaba a ciento cuarenta por hora, estalló la rueda delantera derecha.

Yo había rebajado el grosor de la cubierta en un trozo de unos ciento cincuenta centímetros cuadrados. Al tomar una curva, la presión del aire hizo explotar la cámara y la cubierta.

El coche se salió de la carretera, lanzado como un obús. Chocó violentísimamente contra un árbol, dio cinco vueltas en el aire, despidiendo fragmentos por todas partes, y acabó cayendo al pie de un talud de doce metros de altura, en donde explotó como una bomba.

Cuando pasé por allí, los bomberos se afanaban en apagar los rescoldos del incendio.

Un motorista de la policía me hizo señas de que siguiera cuando aminoré la marcha. Obedecí, naturalmente; siempre he sido muy observador de la disciplina en la carretera.

## CAPÍTULO XIV

Encontré un automóvil parado, fuera del camino, a tres kilómetros de Geary Ridge.

Había otro doscientos metros más adelante; un tercero a quinientos metros y así sucesivamente. El último se hallaba casi justamente frente al lugar de la cita.

Yo detuve mi coche un kilómetro más allá. Salté al suelo y consulté mi reloj.

Era la una y cuarto de la madrugada. Tenía tiempo; la reunión no comenzaría hasta las dos.

En el compartimento de equipajes llevaba una mochila. Me quité la chaqueta, que dejé en el asiento delantero, colgué la mochila de mis hombros y eché a andar hacia la loma.

Ciertamente, no se me ocurrió llegar por el camino lógicamente usado por los invasores. En lugar de ello, ataqué Geary Ridge por un punto diametralmente opuesto.

A la una y cuarenta minutos estaba en la cima de Geary Ridge. Miré hacia abajo.

La noche era oscura como boca de lobo. Solucioné el inconveniente mediante unas gafas de rayos infrarrojos.

La entrada de una cueva apareció ante mis ojos. Estaba cubierta de arbustos, pero la delataba el calor de las personas que había en su interior.

Calculé que habría unos doce o quince individuos, contando según los automóviles que había visto detenidos en el camino. Un buen estado mayor, me dije.

Faltaban veinte minutos para la hora convenida. Era preciso no dar ocasión a que se impacientaran y echaran de menos a su jefe.

Empecé a deslizarme por la ladera, boca abajo, reptando sigilosamente. Por fortuna, la pendiente no era muy acusada y pude sostenerme sin dificultad.

A las dos menos cinco estaba sobre la boca de la cueva.

Saqué un amplificador de sonidos y apliqué el audífono a mi oreja derecha.

Lo primero que escuché fue un horrible sonido, como de vidrios raspando madera dentro de un bote de lata. Luego, alguien dijo:

—Deja de hablar en nuestro lenguaje. Lo convenido es usar el del país en todo momento.

El otro contestó:

—Lo siento; fue un impulso que no supe resistir.

Otro invasor habló:

—Faltan dos minutos solamente.

—El jefe suele ser puntual —le contestó un colega—. Además, el número Catorce nos informará de su llegada. Como más moderno, se ha encargado del servicio de centinela.

Agucé el oído. De modo que tenían un centinela, me dije.

Escruté en todas direcciones. Lo vi a unos cincuenta metros, sobre un saliente que dominaba los accesos al camino, distante un cuarto de kilómetro escaso. De pronto, me di cuenta de que hablaba con alguien.

El invasor estaba solo. ¿Acaso recibía algún mensaje?

Súbitamente, le vi dar media vuelta y echó a correr. Me aplasté contra el suelo.

Alcanzó la cueva en unos segundos. Entró, gritando aparatosamente:

—¡El jefe ha muerto!

Lo comprendí en un instante. El invasor no hablaba con nadie; simplemente, escuchaba los boletines radiados de noticias.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó alguien excitadamente.

Empecé a trabajar. O mucho me equivocaba, o la reunión se iba a disolver muy pronto.

—Lo ha dicho la radio. Su coche se salió de la carretera y explotó. Los bomberos encontraron restos de lo que ellos llaman un invasor.

Alguien se dejó llevar por el pánico.

—¡Vámonos de aquí! ¡Tenemos que irnos pronto, inmediatamente...!

—¡Calma! —dijo otro, con voz autoritaria—. El jefe ha muerto, es cierto, pero ello no significa totalmente el abandono de nuestros planes. En espera de la aprobación final, debemos elegir un jefe que lo sustituya. Hemos sufrido un duro golpe, pero todavía estamos en situación de rehacernos...

—¡Qué equivocado estás, buen mozo! —murmuré, en el momento de dar media vuelta al interruptor de la bomba.

Inmediatamente, eché a correr hacia arriba. Eran cien metros de pendiente y sólo tenía dos minutos de tiempo.

Alcancé la cima, crucé una pequeña llanura que había en ella y pasé al otro lado. Apenas me había tumbado en el suelo, brilló el fogonazo de la explosión.

Fue un relámpago que disipó las tinieblas en cientos de metros a la redonda. El estampido resultó de acuerdo con el fogonazo: un trueno de los gordos.

Los invasores no tuvieron tiempo de enterarse de lo que les había pasado; allí quedaron todos, bajo la tierra de la cueva hundida.

* * *

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue sentarme ante la máquina de escribir del transmisor y redactar el siguiente mensaje:

**Clave F9-77-I/III-25. Eliminados jefe y Estado Mayor invasores. Supongo deben de quedar más todavía en él planeta. Ruego instrucciones urgentes. Agente 10-2/R.**

Luego me fui a la cama. Para dormir, tuve que recurrir a un sedante; no podía olvidar a Gale.

La respuesta me llegó doce horas más tarde.

Era la siguiente:

**Clave TT/81-R-IV-116. Adjuntamos relación doscientos veintiséis invasores que ocupan puestos clave. Documentos Colbins han sido descifrados por fin. En ellos se indican nombres y posición que ocupan actualmente los invasores. Dentro veinticuatro horas exactamente, acuda a puesto central recepción. Enviamos sustitutos invasores y agente colaborador especial. Indíqueles forma actuar y proporcióneles instrucciones necesarias. Felicidades éxito misión. Se le autoriza a elegir recompensa. Jefe 5/B.**

Torcí el gesto. «La recompensa...», murmuré amargamente. Estando ella, ya sabría qué recompensa elegir. Pero ahora, sin Gale...

No obstante, me puse al trabajo. Era preciso completar la misión.

Estudié detenidamente la lista que me habían enviado, traducida a nuestro idioma. Verdaderamente, la inmensa mayoría de los invasores ocupaban puestos muy destacados.

Sólo les faltaba haber alcanzado el gobierno, pero, aun así, encontré dos subsecretarios, un general y un almirante, aparte de eminentes abogados, médicos y, sobre todo, industriales y grandes comerciantes.

Estaban en todas las ciudades de mayor importancia de la nación. Lo habían sabido hacer bien.

De no haber sido por el profesor Cuthbert, yo no me habría sentido sobre alerta y... Por cierto, ¿cómo había sabido Cuthbert que Bill Owling era un invasor?

Algún día lo sabría yo. Por el momento, no tenía la menor importancia.

A la mañana siguiente, apenas abrió sus puertas, ya estaba yo en el banco donde tenía depositados mis fondos. El cajero se sorprendió bastante de ver que le entregaba un cheque por doscientos veintisiete mil dólares. Ignoraba que llevaba en el bolsillo doscientos veintisiete cheques, cada uno por importe de diez mil dólares.

Eché el dinero en una cartera de mano, salí del banco y monté en el automóvil.

* * *

Preparé una mesa larga y amplia. En ella puse el dinero y una pila de cuartillas por un lado y la pila de cheques en el otro.

Luego me fui al transmisor grande y empecé a manipular en él. A la hora señalada, con absoluta puntualidad, apareció un hombre joven y de expresión agradable.

—Hola, 10-2/R —saludó—. Mi cifra es 800/N-l.

—Encantado, ochocientos —dije, tendiéndole la mano—. Venga por aquí.

El agente me siguió. Le entregué mil dólares, un cheque y una cuartilla.

—Usted se llama, provisionalmente, Tom Ross —dije—. Cuando llegue a San Luis, busque a Martin MacLoughlin. Vive en la calle Coronado, 937..., pero aquí tiene mejor unos cuantos datos sobre él, en esa cuartilla impresa. Estúdieselos a conciencia y luego observe a su hombre detenidamente.

»Cuando crea que ya está listo, tome su aspecto y ocupe su lugar. El procedimiento queda a su arbitrio, con tal de que no falle.

—No fallaré —prometió Tom Ross.

—Eso es todo. Ya Se puede marchar, Ross.

—Sí, señor.

—¡Ah, Ross, una advertencia!

—Dígame, señor.

—Mantenga la tensión.

—No la aflojaré un solo momento, señor.

Ross se marchó y yo me dispuse a recibir al siguiente enviado.

Fue una labor lenta y tediosa. A cada agente que aparecía en el transmisor de materia, enviado por el Servicio de Infiltraciones, le entregaba mil dólares en efectivo, un cheque y la cuartilla con los datos de su objetivo. Luego le repetía las mismas instrucciones.

Así lo hice con doscientos veintiséis. Era ya casi de día y sólo me faltaba uno.

El último agente en llegar fue el número 22-5/R.

Lancé un aullido:
—¡Gale!
Luego me desmayé, así como suena.

* * *

Gale me despertó con una copa de coñac.
—No te creí tan blando, Diez —dijo, en tono de suave reproche.
—Yo tampoco creí verte —respondí, sentándome en el suelo. Acabé la copa, me puse en pie y la besé—. De modo que estás viva.
—Gracias a ti —contestó—. ¿Cómo lo conseguiste? Yo no recuerdo otra cosa que mucho ruido, un gran dolor en el pecho y...
—Me di cuenta entonces de que estabas muerta. ¿Sabes que tenías dos balazos en el corazón?
—Sí, me lo dijeron más tarde, en el quirófano del Servicio de Infiltraciones. Sigue, querido.
—Bueno, pues te recogí, te puse en el coche y salí disparado a toda velocidad. Los policías me persiguieron, pero pronto los dejé atrás.
»No obstante, pronto me di cuenta de que la radio era más veloz que mi auto y que acabarían localizándome. Entonces dispuse una barrera de invisibilidad y así pude llegar aquí. Te metí en el transmisor y te despaché para el S.I. Era todo lo que podía hacer por ti.
Ella asintió.
—Los médicos del S.I. dijeron que sólo gracias a tu rapidez de acción estoy viva. Aun así, tuvieron muchas dificultades en reconstruirme.
—Ah, de modo que te han reconstruido —dije, mirándola de arriba a abajo—. Pues no se te nota.
Gale se pavoneó orgullosamente.
—Ha sido una reconstrucción total —dijo—. En el S.I. hay científicos de maravilla, querido. He quedado tal como estaba una centésima de segundo antes de recibir los balazos mortales. Sin embargo, me advirtieron, no podría sufrir una segunda reconstrucción.
—No la sufrirás. Los invasores están en camino de ser definitivamente derrotados.
Los ojos de Gale brillaron extrañamente.
—¿Has dicho invasores, querido? ¿A qué invasores te refieres?
—Bueno, tú ya sabes lo que quiero decir. A propósito, ¿sabes si Cuthbert era de los nuestros?
—Sí, pero era un tanto díscolo y actuaba independientemente. Si ellos no le hubiesen matado, la Jefatura del S.I. hubiese acabado

por retirarlo del servicio.

—Me pregunto cómo averiguó que Owling era un invasor —dije.

—Bueno, Cuthbert, a fin de cuentas, disponía también de medios... de los mismos medios que empleamos nosotros, querido.

—Es verdad. Si no hubiera sido por él... Bueno, ¿a qué preocuparse ya de lo pasado?

—Wolf, querido —dijo Gale—, ¿sabes?, tu fama ha crecido extraordinariamente. En la Jefatura del S.I. se hablaba de concederte un cargo directivo.

Me estremecí de horror.

—¡Cielos, no! —exclamé.

—¿Por qué? —preguntó ella, intrigada.

—Ya te lo explicaré luego. —Me incliné a besarla otra vez—. Gale, procura mantener la tensión.

—La mantendré —aseguró ella, con radiante sonrisa.

* * *

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue mirarme al espejo.

Relajé la tensión. Mis orejas se hicieron ligeramente puntiagudas, mis pupilas tomaron un tinte rojizo y mi piel se puso de repente de un color amarillo verdoso, a la vez que mis cabellos se esfumaban.

Sacudí la cabeza. No, no me gustaba mi figura. Establecí de nuevo la tensión y volví a recobrar mi apariencia humano-terrestre.

—Así estoy mil veces mejor, sin ofender a nadie —dije.

Luego me fui al transmisor y redacté el siguiente mensaje:

**Clave F9-77-I/III-25. Elijo recompensa continuar figura humano-terrestre y residencia definitiva este planeta para mí y mi prometida, agente 22-5/. Igualmente solicito anulación clave 15-A. Renuncio anticipado otro cargo en S.I. Este planeta nos agrada una barbaridad. Saludos, Agente 10-2/R.**

La respuesta llegó en el mismo día. Venía de Sirio, a nueve años luz de la Tierra:

**Clave TT/81-R-116. Concedida recompensa ambos. Siga agente permanente en planeta**

**Tierra. Enviamos medicamento especial para evitar que descendencia tenga nuestra figura. Felicidades, Jefe 5/B.**

Gale llegó cuando acababa de recibir el mensaje. Se lo enseñé y me abrazó entusiasmada.

—Eso es maravilloso, Wolf —dijo. Luego se ruborizó—: Ahora podremos casarnos en seguida; nuestros hijos nacerán con figura humano-terrestre.

—Así será —contesté, besándola de nuevo—. ¿Te arrepentirás algún día de haberte quedado en la Tierra?

—No, nunca. Jamás, estando a tu lado, querido —me contestó, radiante de felicidad.

* * *

Más tarde hablé con Harry Lingle.

—Bueno, supongo que nuestro candidato saldrá elegido —dije.

—De eso no hay duda —contestó Lingle, mordiendo su puro—. Wolf, has hecho una buena labor. ¿Puedo pagártelo?

Me eché a reír.

—Supongo que el nuevo Presidente te nombrará su jefe de Prensa —dije.

—Eso se da por descontado, Wolf.

—Entonces, nómbrame tu secretario. No pido más, Harry.

—Cuenta con ello, Wolf.

Yo sonreía cuando colgué el teléfono. Lingle sí era un terrestre auténtico. Nunca sabría que un extraterrestre le manejaba a su antojo.

Con el consentimiento del presidente Woorson, por supuesto. También Woorson, como yo, había nacido en Sirio.

¡A buenas horas íbamos a consentir los sirianos que los veganos nos arrebatasen esta suculenta presa que es la Tierra!

* * *

Aquel año y el siguiente, hubo elecciones en distintos países de la Tierra.

El presidente del Soviet Supremo de la U.R.S.S. era siriano. También lo eran el presidente de Francia y el «premier» inglés.

El sucesor de Mao, un chino del que nadie había oído hablar apenas hasta entonces, pero que había demostrado grandes dotes de gobernante, Hoo-Shu-Ling, también era siriano.

¿He de seguir con la relación?

Creo que no hace falta. La invasión es un hecho consumado.

Pero ha traído grandes beneficios a este turbulento planeta. Las tensiones internacionales se van relajando poco a poco. Las perspectivas de paz se acentúan positivamente de día en día.

Claro, los sirianos no vamos a pelearnos entre nosotros, ¿verdad?

* * *

Cierto día, Gale, ya convertida en la señora Bell, me anunció una magnífica noticia: la noticia que alegra a todo hombre casado hace poco.

—Me siento muy feliz —dijo ella—. Nuestro hijo será un auténtico terrestre.

—Nosotros lo somos ya. Pero hay otra cosa que también me satisface mucho.

—¿Cuál, querido?

—Simplemente, ya no tenemos necesidad de usar la clave 15-A.

Gale hizo un gesto de desagrado.

—¡Uf! —dijo—. Por nada del mundo querría volver a ser telépata otra vez.

—Yo tampoco, cariño. Prefiero mil veces oír tu voz. Me gusta oír tu voz. Además, debe de ser horrible penetrar en los pensamientos de otra persona.

—Y tú nunca penetraste en los míos, sino sólo en lo que tenía relación con nuestra misión.

—Bueno, es que con mirarte a la cara ya sabía lo que pensabas de mí —contesté, abrazándola tiernamente.

Luego contemplamos la ciudad a través de la ventana. Millones de puntos luminosos horadaban la oscuridad. Era un magnífico espectáculo.

El espectáculo de un planeta que caminaba hacia la paz. Un planeta que ya era nuestro.

Pero nosotros también éramos de él; éramos ya unos terrestres.

FIN